

## EL MOTÍN

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.  
—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número, 10 céntimos.—Atrasado, 25.—Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

## LOS SELLOS

Están ya terminados, habiendo hecho el insigne grabador don Bartolomé Maura una verdadera obra artística; los retratos de Orense, Figueras, Ruiz Zorrilla y Castelar pueden competir con los mejores que se graban en el extranjero. Supe lo que me hacía al acudir al señor Maura.

Cuando llegue este número á manos de los lectores de El Motín, ya estarán los sellos en poder de los amigos que han contribuido á la primera tirada, pues á todos se los habré mandado, á todos, aun cuando muchos me dijeron que no se los enviara; y no como pago, ni remuneración, ni nada de eso que parece excluir la idea del agradecimiento, sino por el gusto de que sean los primeros en verlos. Y así recibo de ellos dos favores: el de que me hayan ayudado á hacerlos, y el de que después los hayan aceptado como una prueba de deferencia hacia mí.

Estoy contento por haber conseguido tirar los sellos; sea cual fuere el resultado, siempre quedará en pie lo siguiente: que unos cuantos republicanos hemos realizado una idea que, de alcanzar el desarrollo que merece, influirá en el buen éxito de la propaganda que estamos obligados á hacer.

¿Lo alcanza? Se demostrará que el partido republicano no está dominado por el pesimismo tanto como se cree. ¿No lo alcanza? Tendrán razón los que sostienen que sí lo está.

En el primer caso, se tocarán ventajas indiscutibles; en el segundo, también ganaremos algo: el no continuar engañándonos á sabiendas.

El edificio republicano es un gran edificio, pero hace tiempo amenaza ruina por varios lados, y venimos poniéndole puntales que su misma grandeza hace ineficaces. Urge repararlo con solidez que desafíe al tiempo.

¿Podemos? Pues á la obra. ¿No? Pues á derribarlo. Y una vez en el suelo, como se construyó con excelentes materiales y están muchos todavía en buen estado, á escogerlos y á hacer un gran edificio á la moderna.

Lo cuarteado, lo podrido, lo inútil, en fin, al hoyo de los escombros; lo sano, lo resistente, lo útil, en suma, á la edificación.

Y todo esto, como ya dije en Febrero, hay que hacerlo pronto, en lo que resta de año. Que el aniversario próximo de la República no nos encuentre como hoy estamos; pues si nos halla así, acaso no haya quien se atreva entonces á encargarse de la construcción del nuevo edificio.

El derribar exige más oportunidad que el construir. Un derribo retrasado puede causar muchas desgracias y hasta hundir el piso sobre el que hay que edificar...

Pero ahora caigo en la cuenta de que me he metido en muchos dibujos, cuando pensaba limitarme á decir que los sellos están muy bien hechos, y que les reitero las gracias á los amigos sin los cuales no hubiese podido yo realizar la idea.

Por esta razón, á otro asunto.

## El héroe del Caney

Un oficial cubano, que peleó en las filas americanas contra España en el sangriento combate del Caney, ha escrito un artículo que publica *El Figaro* de la Habana y del cual reproduzco algunos párrafos, como prueba de la alta estima y profundo respeto que inspira á sus mismos enemigos el valeroso y digno general Vara de Rey.

Don Justo de Lara, autor del artículo, dice:

«El combate duró todo el día, y terminó casi literalmente por el exterminio de los españoles. Dominados los fuertes, Chaffee entró en el pueblo, y luego Lawton, apoyados por Ludlow y por Bates. ¡Qué escena tan terrible la de aquella lucha del Caney! De trinchera en trinchera, de casa en casa, los españoles se defendían como leones. La idea de rendirse jamás pasó por la mente de su jefe. El no podía hacerlo, simplemente porque no debía hacerlo. La brigada del Caney estaba á las órdenes de Santiago de Cuba. Sin la orden de rendimiento de San-

tiago, los que estaban en Caney debían vencer ó morir. Como vencer era imposible, Vara de Rey aceptó la muerte con resolución espartana.

Cuando ya no le quedaba más que un puñado de hombres, y las heridas de su cuerpo no le permitían tenerse en pie, comenzó, acostado en una camilla y conducido por dos soldados, la retirada hacia Santiago, el acto militar más sublime de los tiempos modernos. La pequeña columna hacia alto á menudo para contestar con descargas cerradas al enemigo, que la acosaba por todas partes.

El mayor de los martirios es contemplar la muerte de un hijo. Vara de Rey—tan mártir como héroe—vió á sus dos hijos morir atravesados por las balas americanas. También cayó junto á él uno de sus hermanos. En aquel espantoso día, aquel gigante vió la destrucción de cuanto podía serle más grato en la existencia: su familia, su bandera, el poder de su patria. Mas ni un instante se abatió su espíritu de acero. Herido dos veces, rodeado apenas de 60 hombres, resto último de sus tropas, se incorporó en la camilla para decir: «¡Fuego, muchachos!» La tercera bala vino entonces á cortar su existencia. Cayó como un titán dominado por la muerte, pero todavía le quedaron fuerzas para incorporar-se otra vez, y con los ojos vidriados por la agonía, ahogándose en su sangre, levantar la espada, como en saludo militar á la Gloria, y gritar nuevamente: «¡Fuego, y viva España!»

«Descansa tranquilo, noble soldado! El monumento en que tus compatriotas pretenden perpetuar tu nombre y tu ejemplo, será siempre poco para tu gloria. Los españoles te agradecerán tu sacrificio sublime, porque salvaste su honor nacional; pero también te admiran ¡oh héroe! todos los hombres.

JUSTO DE LARA

He sentido, á la vez que patrio orgullo, gran indignación al leer eso.

Orgullo, por ver que hasta los enemigos hacen justicia al acto heroico de Vara de Rey. Indignación, al pensar que, sin el gobierno cobarde y miserable que impidió batirse á nuestro ejército, quizás la isla de Cuba se habría perdido también, pero hubiera sido después de muchos actos gloriosos como el de Caney.

Si Vara de Rey hubiese recibido la orden de retirarse, la habría acatado por disciplina, regresado á España, y hoy compartiría con sus compañeros la vergüenza de la derrota sin lucha. Y, sin embargo, él era el que era; tenía sangre de héroe, como lo demostró; la misma sangre que los jefes, oficiales y soldados que le acompañaban.

Pues como él había muchos en aquel ejército, que se hubieran sacrificado por España si no se les impide hacerlo. ¿Quién tiene, por lo tanto, derecho á censurarlos? Sólo una censura sería justa: la que se les hiciera por no haber imitado á Daoiz y Velarde.

## LA CONCENTRACIÓN REPUBLICANA

Se ha confirmado la regla una vez más: ¿Unión republicana en proyecto? Subdivisión en la realidad. No falla.

La Concentración republicana se ha des- concentrado. Podemos decir que se ha salido por la tangente.

Nació esa agrupación á la muerte de Castelar, como Zorrilla á la muerte de Espronceda. Pero ¡cuán distinta la suerte del poeta de los cantos del trovador y la del grupito de los cuentos de Olías!

Nació tímida y amarillenta, con aires de siempreviva y dedicóse á guardar y honrar la memoria del difunto. Pronto empezó, como toda viuda de buen ver, á guiar un ojo al vivo, mientras con otro seguía llorando al muerto. El vivo fué López Domínguez, primero; después Paraiso.

Enfadábanse los hombres de la Concentración cuando les decíamos que todo su luto por Castelar y todo su celo en defender su programa político, iban á terminar por crear lo que el inmortal orador fustigó poco antes de morir, una fracción más, uno de esos microscópicos partiduchos que son los microbios de la democracia española.

Los albañices políticos de Castelar juraban y perjuraban no venir á dividir, sino á unir «en apretado haz» á la gran familia republicana, á concentrar á todos los partidos políticos republicanos.

A este fin comisionaron á los diputados señores Sol y Ortega y Rodríguez para que redactaran las bases de un programa económico aceptable por todos los partidos republicanos.

Cumplieron su compromiso esos señores, y así que redactaron las bases de unión, presentaron á sendas comisiones de los partidos progresista y fusionista republicanos. Ambos partidos las aceptaron después de modificarlas, y unidos, ó más bien coligados, han quedado los fusionistas y los progresistas.

En tanto, una comisión ejecutiva de la Concentración daba programa y organización á lo que ya no era posible disimular que era un nuevo partido.

Así las cosas, reúnese la Asamblea de Concentración republicana, y después de quejas, reproches, disgustos, resquemores y dimes y diretes, otra comisión aprueba por un voto las bases de unión de los señores Sol y Rodríguez. Mas luego de aprobadas, presenta el señor Maestre una proposición contra la unión, fundándose en lo radical de su programa. La Concentración, según el señor Maestre, es eminentemente conservadora, y como tal, es unitaria, individualista y amiga de la Iglesia, y rechaza cuanto fuela á regionalismo y socialismo y cuanto no sea ponerse bien con Dios, respetar el Concordato y complacer á la Iglesia.

Vemos, pues, seguir á la Concentración la senda por donde van todas las viudas de buen ver. Primero llanto y luto; después devaneos con López Domínguez, Romero Robledo y Paraiso, y al final devoción y santuronería.

Los señores Sol y Ortega y Rodríguez se han separado con otros muchos amigos de la Concentración y van á ingresar en la unión formada por fusionistas y progresistas.

Nos complace el fracaso de la Concentración, por creerlo benéfico para la República.

Quedará un grupito representando, como la momia da idea del hombre, el republicanismo gubernamental y conservador, mucho más retrógrado que el partido conservador monárquico; pero ganará fuerza la Fusión, contando como cuenta con programa y prosélitos.

Con esto, la armonía entre todos los republicanos, y sobre todo, conque en toda España se imitara la cohesión, el ardor y la actividad de la Fusión en Valencia, mucho más se habría adelantado en beneficio de la República que con esas concentraciones que empiezan en un cementerio y acaban en una sacristía.

ROBERTO CASTROVIDO

Valencia.

## Don José Carvajal

El día 4 del corriente hizo un año que murio este ilustre correligionario.

A pesar de haber sido uno de los hombres que más han honrado á España por su inmensa cultura, ni un solo periódico ha recordado la fecha.

Se reservan sin duda para desquitarse el día que haga el año que Guerrita se retiró del toreo.

## ESTÉRIL

El que quiera saber lo que los españoles hacen no tiene sino averiguar lo que dicen. Lo uno es siempre lo contrario de lo otro. Todos reniegan de la política y ninguno habla de otra cosa. Todos execran la burocracia y todos piden destinos. Todos abominan de la centralización y todos cooperan á ella. Todos maldicen de la indolencia y ninguno trabaja. Todos claman contra la ignorancia y ninguno estudia. Casi todos repugnan el imperio de la teocracia y casi todos le mantienen. Jamás hubo en pueblo alguno divorcio semejante entre los dichos y los hechos.

Un pueblo así es incorregible. Para rectificar la conducta de los hombres no cabe emplear sino dos procedimientos: la coacción ó la convicción. La primera, de índole puramente exterior y de muy limitada eficacia, es impotente para modificar la psicología de un pueblo. La segunda resulta inútil allí donde las ideas no determinan las acciones y donde se hace lo contrario de lo que se piensa. Todo medio de propaganda resulta así nulo y todo esfuerzo estéril.

Se escribe un libro; un libro, se entiende, que contenga alguna idea y encierre algún propósito, no perteneciendo al género de la vaga y amena literatura. Entéranse del hecho aquellos de entre los intelectuales que comulgan en opiniones con el autor. Los adversarios se guardan de leerlo. Los neutros no tienen tiempo que consagrar á la lectura. Así, á pesar de las notas bibliográficas que publica la prensa, escritas las más de las veces por el autor mismo, inspiradas sino en el atento exámen de la portada y el índice, publicar aquí un libro y tirarlo á un pozo viene á ser la misma cosa.

Se hace una campaña en la prensa. Los correligionarios la siguen con simpatía, los enemigos la combaten con saña. El poder se encoge de hombros mientras la cosa no pasa á mayores; si pasa, busca medio de denunciar al periódico y encarcelar al periodista. Pero, libre éste ó en *chirona*, las cosas quedan como estaban y el abuso persiste, flotando victoriosamente sobre todas las opiniones favorables ó adversas.

Se celebra un *meeting*. Allí se pronuncian discursos calurosos, vehementes, razonados, elocuentísimos. Una muchedumbre abigarrada acude, llena de cu-

riosidad, á presenciar aquel espectáculo gratuito. Hay aplausos, palmadas, vitores. Hay aquello de *¡bravo! ¡venga de ahí! ¡ah! les duele!*, cuando no, *¡alza sa-lao! ¡viva tu madre!* Y pasado aquel raptó de entusiasmo, cada cual regresa á su hogar á atender á sus asuntos ó á sus placeres, sin volverse á ocupar para nada de aquello que la elocuencia parecía haberles hecho sentir tan hondo.

Supongan ustedes que en vez de pasar así las cosas se realizara el ensueño del propagandista. El libro, reproducido en cientos de miles de ejemplares, llega á todas partes y es leído por los pocos que seben leer á los muchos que no saben. La campaña periodística se extiende, se difunde y lleva á todos los ánimos el convencimiento. El *meeting* se reproduce en cientos de *meetings*, á los que acuden grandes multitudes que salen de ellos persuadidas y emocionadas. ¿Qué aprovechará todo eso en un país donde las convicciones no determinan los actos, los hechos van al revés de las ideas y es costumbre en todos proceder á la inversa de lo que piensan y creen?

Penélope destejía por la noche lo que tejía durante el día. Sisifo estaba condenado á elevar á lo alto de la montaña una roca que incesantemente volvía á caer por su propio peso al abismo. Las Danaides tenían la misión de llenar un tonel sin fondo. La mitología griega desconoció otro trabajo no menos ingrato y duro: el de cavar, arar, sembrar y regar una tierra que no da fruto.

ALFREDO CALDERÓN

Un obrero católico de Jerez de la Frontera que se distingue por su fervor en las ceremonias que celebra el patronato como de San José, sacó hace pocos días engañada al campo á una niña de seis años y trató de atropellarla. Naturalmente.

## INTENTO FALLIDO

Nuestros lectores habrán observado que hemos guardado silencio respecto á los debates de la Asamblea de Concentración Republicana reunida en Madrid para aprobar unas nuevas bases de *unión republicana*.

Teníamos previsto el nuevo fracaso: sabemos desde hace tiempo que son vanos los intentos que se realizan para buscar una fórmula de unión republicana, y no quisimos adelantar prejuicios ni echárnoslas de profetas.

La única vez que se pisó en terreno firme para llegar á una honrada y fructífera *inteligencia* republicana, fué cuando se constituyó el Centro, que más que partido era una escuela, dentro de la cual cabían perfectamente la derecha y la izquierda republicanas.

Nuestro entrañable y siempre respetado amigo don Nicolás Salmerón rompió aquel molde, constituyendo la *Fusión republicana*, que sólo ha servido para encumbrar por los procedimientos electorales á los que tenían como dogma irreductible el retraimiento, y hemos vuelto á la tarea de hacer y deshacer concentraciones, coaliciones, inteligencias entre grupos, grupitos y fracciones que se dicen republicanas, algunos de los cuales ni sienten la democracia, ni siquiera son liberales; grupos y grupitos personalistas, que siguen á fulano ó á mengano; grupos idólatras, en los que el ídolo suele ser de barro, y contra el cual la empuñadura de la piqueta limpia al día siguiente de llevarlo á los altares.

No se hace ni se hará la unión republicana en asambleas que discuten y regatean detalles de programa; asambleas en las que el personalismo lo llena todo; en las que los vicios del parlamentarismo encuentran apropiado asiento; en las que no se pregunta á los que entran qué han sido, de dónde viene y adónde van; en las que la selección se tomaría como una ridiculez, y en las que la intriga y la osadía se imponen con frecuencia á la rectitud y al buen sentido.

Cuando en España se forme un núcleo republicano que encarne como primer pensamiento el amor á la patria, superior á todos los amores, y sean los que lo formen por su inteligencia y sus virtudes hombres que inspiren plena confianza á las clases neutras, que por desgracia constituyen la inmensa mayoría del país; cuando esos republicanos hablen menos de la forma y más del contenido, limitándose á demostrar que el contenido de su programa sólo cabe en la forma republicana; cuando ese núcleo, grupo, partido ó escuela ofrezca al país un programa para todos y no para determinadas clases; cuando acierte en la fórmula que abarque el amparo de todos los intereses; cuando proclame la libertad, la justicia, el derecho y la tolerancia como base del funcionamiento de los nuevos poderes; cuando acabemos con las negaciones que no prueban nada y opongamos á los políticos monárquicos y á los problemas que éstos plantean soluciones concretas, terminantes, claras, sin miedo á alejar de nuestro lado intereses particulares y sin el propósito de atraernos intereses no menos particulares, entonces y sólo entonces podremos aspirar, no á la *unión de todos los que se dicen repu-*

blicanos, pero sí á la formación de un gran partido republicano al que tenga que acudir el país en masa en momentos de angustia y de crisis como los que hemos pasado, y que hubieran traído indiscutiblemente la República si hubiera existido el núcleo ó centro de fuerzas republicanas que mereciera confianza á los buenos, y por el cual venimos suspirando desde el día nefasto del golpe de Sagunto.

La tentativa para la Concentración republicana ha fracasado.

Quedan en pie las divisiones y las pequeñas jefaturas.

Empezamos de nuevo el apostolado, porque este último fracaso demuestra que todavía hacen falta la predicación y el ejemplo para hacer demócratas y republicanos.

(El Mercantil Valenciano.)

Aun sin hallarme conforme con la segunda parte, ó sea con la fórmula que da *El Mercantil* para la formación de un gran partido republicano, por estar firmemente convencido de que *no hay ya medio de entendernos en la oposición*, traslado ese artículo á estas columnas por lo bien que pinta lo que ha venido ocurriendo entre nosotros, y por la afirmación que hace de que la unión de ahora es un fracaso completo.

## VUELTAS A LA NORIA

El partido progresista se ha rehecho tal cual estaba al iniciar la coalición el marqués de Santa Marta en 1889, movimiento de opinión republicana por ningún otro igualado después.

¿Y para esto, para volver á los once años al punto de partida, se negó usted entonces, señor Salmerón, á entrar en la coalición y fundó el centralismo?

¿Y para esto, para volver á unirse con ellos, usted á los progresistas, señor Muro, á la muerte de Ruiz Zorrilla?

¿Y para esto, señor Sol y Ortega, imitó usted también al señor Muro, así como después se apartó de la fusión, á la que vuelve ahora contrito y humilde?

Si los republicanos hubieran de pedirles cuentas por lo que los han perturbado y dividido ustedes durante los once años últimos, para venir á encontrarse hoy como el año 1889, aparte del prestigio, la autoridad y las simpatías que han perdido, duro y hasta cruel tendría que ser con todos.

Si ahora se reprodujeran las razones que dieron Salmerón y sus amigos para separarse de Ruiz Zorrilla, Muro y los suyos para no entenderse con Esquerdo y los que le seguían, y Sol para apartarse de la fusión y combatir á sus hombres, habría razón para exclamar: «¡Ni lo sentían estos señores lo que decían, ó son todos unos... (aquí cualquier calificativo deprimente.)»

Hoy se encuentran todos como estaban hace once años; unidos, defendiendo los dos procedimientos, después de haberse retraído de las elecciones los unos, y de haber condenado los otros el apalamiento á la fuerza, es decir, se hallan convictos y confesos de torpeza, egoísmo y versatilidad. Otra hubiera sido quizás la suerte de España, si todos, con lealtad y nobleza, entraran en la coalición iniciada por Santa Marta en 1889 y cumplieran virilmente sus compromisos.

Pero no hablemos de lo pasado, ya que no tiene remedio, y aguardemos á ver si la experiencia ha enseñado algo á los señores que han pactado ahora esa Unión que á nadie ha conveído, á nadie ha entusiasmado, y de la que nadie espera nada, sin duda por haberla vaciado en los mismos anticuados y ridículos moldes que las anteriores.

José NAKENS

## EL ESPEJO DEL ALMA

Dicen que Quevedo calificaba de brutos á todos los que lo parecían y á la mitad de los que no lo parecían.

Quizá esa apreciación del gran poeta y filósofo no sea del todo exacta, dentro de las verdades abstractas de la ciencia; pero intuitivamente la razón no la rechaza por ilógica, en lo que hace á la primera parte.

Yo, por lo menos, creo que es bruto todo el que lo parece.

Los que no lo parecen, aunque lo sean, ya llevan esa ventaja sobre los que lo parecen y lo son.

A mí los curas, juzgándolos por sus caras y aspecto exterior, me parecen inferiores á los demás hombres de carrera y estudios, aunque dentro de las escalas del orden social y humano estén todos colocados al mismo nivel y bajo la misma clasificación.

Por consiguiente, en las cuestiones que afectan al orden moral, creo al día muy capaz de descender más hondo á todas las bajezas y miserias en que pueda caer el ser más vil de la especie humana, si el grado de vileza y desmoralización puede medirse y re-



gularse por la capacidad intelectual y por la extensión de la cultura del individuo.

Al hablar aquí de Julián Anguita, ese cura que recientemente ha comparecido ante la Audiencia de Granada por haber asesinado a su padre, con todas las horribles y repugnantes circunstancias que el proceso ha puesto de relieve, no trataré del delito en sí, ni del carácter sacerdotal del delincuente para escandalizarme por este hecho más que por otro análogo de los que con harta frecuencia se realizan por ahí; nada de eso.

Ese parricidio lo mismo lo hubiera cometido el Anguita siendo seglar; ha resultado el crimen más repulsivo para la vulgaridad de las gentes, porque el criminal, como presbítero, lo ha rodeado de detalles cínicos é hipócritas, como el llanto, las misas y los sufragios por el muerto, que no hubieran estado á su alcance ni dentro de sus medios si no hubiese sido cura.

La única enseñanza que este hecho trae, es que ha venido á probar una vez más á los pobres de espíritu que lo del freno moral de la religión para los hombres en general es un mito, cuando tantos ejemplos, y éste tan reciente, hay de que no sirve ni para contener á los mismos que están consagrados á ella.

Me resultan en esto los curas como el cangrejo de la fábula.

Pero dejemos esta cuestión que afecta sólo á la parte moral, y vamos al asunto que me ha sugerido la idea de escribir estas líneas. En algunos periódicos he visto el retrato de ese cura parricida; en todos presenta el aspecto de un ser vulgarísimo, ordinario; los rasgos todos de su fisonomía son los que caracterizan al hombre rudo, inculto, abrutado; hay en aquel ángulo facial algo muy próximo á la animalidad...

¿No han observado ustedes que hay muchos, muchísimos curas en los pueblos, en las ciudades, en todas partes, que en lo físico son como ese?

En ninguna clase social de las que reciben educación, abunda tanto el tipo ordinario y soez como entre los clérigos.

Consiste esto en el género de vida que hacen generalmente, vida completamente material, sin dar al espíritu expansión alguna...

Para ejercer el sacerdocio católico es preciso, además de la vocación que puede sentir naturalmente el individuo, adquirir por el estudio los conocimientos exigidos por la Iglesia. El sacerdocio, desde el punto de vista que yo lo considero, es una carrera, una profesión; no se puede obtener la ordenación de presbítero sin un examen en que se pruebe suficiencia; en los seminarios, según dicen, se estudia de firme y durante muchos años.

¿Cómo, pues, salen aprobados y consagrados todos esos curas zafios, ignorantes y abrutados, que constituyen la generalidad de la clerecía?

En ninguna otra carrera sucede eso. No hablemos de las carreras científicas para las que se necesitan dotes especiales de inteligencia... Cualquier carrera literaria no puede aprobarse sin ser un hombre de regular inteligencia.

Entre los ingenieros, arquitectos, médicos, abogados y demás profesiones que tienen por base el estudio y la capacidad intelectual, es difícil encontrar ese tipo ordinario y grosero tan común entre los curas. Lo que en éstos constituye la generalidad es entre aquéllos la excepción.

Es más: se ve con frecuencia á muchos jóvenes que llegan de su pueblo casi con el pelo de la dehesa á los centros universitarios á seguir una carrera, y al poco tiempo de estudios y de trato social cambian por completo. Se observa la modificación que en su modo de ser y hasta en su aspecto físico ejercen la educación, los conocimientos, en una palabra, el predominio de la inteligencia cultivada que acaba por hacer de un muchacho ordinario é ignorante un hombre distinguido é ilustrado.

¿Pero esos curas!... Parece que las pocas luces naturales que les vinieron al mundo se amortiguan durante su permanencia en los seminarios y se extinguen por completo luego que entran de lleno en las funciones de su oficio.

Para estudiar un poco á fondo esta cuestión sería necesario entrar en largas digresiones, y no estoy por echar más rato á curas. Sólo diré que si es cierto que cada cual lleva en la cara el sello de lo que es, hay que confesar que se observa en la de la mayoría de los clérigos los rasgos contrarios á la cultura, la inteligencia y la ilustración.

JOSÉ CINTORA

## La honradez de los frailes

EL MONASTERIO DE PORTACELI

II

En el artículo anterior señalábamos las inmensas riquezas de los frailes de Portaceli. Claro está que dentro de los estrechos límites de un artículo no pudimos descender á detalles, pero recopilando los datos que nos suministra la obra de un sacerdote acerca de la Cartuja, llegamos á la conclusión de que los ingresos del convento calculados, con la tendencia á disminuirlos notablemente para que no se nos tachara de parciales, podían fijarse en la cifra de cien mil pesetas anuales, veinte mil duros que recogían aquellos pobrecitos monjes.

Indudablemente era mucho mayor la cifra de los ingresos, como lo demuestran las frases que copiamos á continuación: «Grandes rentas supone el cúmulo de riquezas que llegó á reunir la Cartuja de Portaceli.» (1) «La paz de que gozó el reino de Valencia en el siglo pasado... hizo rebasar el oro en las arcas de este convento con los beneficios abundantes que le rendían sus haques y sus campos.» (2) Esto, dicho por un defensor acérrimo de los cartujos, da á entender

(1) La Cartuja de Portaceli por Tarín y Juaneda, página 167.  
(2) Ídem id. id., pág. 21.

que nos hemos quedado cortos al señalarles cien mil pesetas de ingresos anuales.

Además, no eran sólo las rentas lo que constituían los ingresos del convento. Digamos lo que dice el mismo señor Tarín en la obra citada: «Los donativos, con que favorecen el monasterio estos bienhechores, consistían, unas veces en dinero, otras en efectos, diversos libros manuscritos antes del descubrimiento de la imprenta, vajillas y joyas de inapreciable valor, ornamentos riquísimos, tapices, guadamaciles, sedas y variedad de objetos del culto. Muchos al elegir sepultura fundan memorias pías perpetuas en luminarias ó en sufragios; otros levantan ó restauran claustros ó capillas, hacen pintar ricos retablos ó legan al monasterio el patronato de beneficios eclesiásticos.»

Efectivamente, por el extracto del libro de bienhechores que inserta al final el historiador del monasterio, se viene en conocimiento de lo cuantiosos que eran esos donativos.

Prescindiendo de lo de menos importancia, resulta que don Concha Ferrándiz legó al monasterio 10.000 sólidos, un sobrino del rey don Jaime 200, el obispo Raimundo 500, Raimundo Tabarca 113, Simón Gbella 274, la condesa de Terranova 3.000, don Paloma 1.000, el rey don Pedro 1.000, Miguel Cardona 6.000, Raimundo Tolza 200, Bernardo Blanc 800, Pedro Juan 6.000, María Jiménez 100 florines, Francisco Artés sólidos 13.500, Blanca Artés 100, Catalina de Entenza 50 libras, don Bonifacio Ferrer 15.080 sueldos primero, 8.800 después, y 3.300 por herencia, el papa Luna 223 primero, 8.250 después y 9.350 últimamente, Fray Juan de Nea 1.727, mosén Pons de Vilargut una herencia muy cuantiosa, la condesa de Foix 550, don Pedro Despuig 760, mosén Bernat 3.000, mosén Francisco Arauda, además de costear muchísimas obras, 35.000, N. Compté 7.000, mosén Juan Castellá 480, don María de Aragón ofreció 22.000, aunque no los dió todos, Pedro Artés 2.000, don Isabel del Bosch 41.275, Catalina Sepulchre 2.000, don Leonor Montguda 4.000, don Isabel de Montpalau 5.500, don Beatriz Cornell... ¿Para qué continuar? Los datos expuestos bastan para demostrar que, además de los ingresos ordinarios del monasterio, recibía éste en donativos quizás otro tanto que lo que le producían sus fincas, pues hay que tener en cuenta que muchas de esas donaciones que arriba consignamos, eran en censos, es decir, que constituían una nueva renta. Solamente un devoto, Juan Luis Navarro, legó al convento en 1616 3.000 libras de renta (45.000 reales) y Pedro Luis Meserques cinco casas. De todo esto, sin embargo, prescindimos, á fin de que sea indiscutible la cifra que señalábamos en nuestro artículo anterior.

Y ahora volvemos á formular la pregunta: «¿En qué invierten los cartujos sus cuantiosas rentas?» No han dejado rastro de ellas, pero lo poco que hicieron no lo pagaron con su dinero, sino con las mandas especiales que recibían destinadas á obras y adquisición de objetos.

Tres obras de importancia hay en Portaceli: el convento, el acueducto y el puente.

El claustro principal del convento se construyó en 1325 por don Margarita de Luria y fué reparado en 1479 por don Beatriz Cornell. El caballero Pedro Artés edificó la capilla de todos los santos. La misma don Margarita de Luria edificó la iglesia y otro nuevo claustro, que después restauró fray Francisco Aranda antes de vestir el hábito; don Pedro Comuel, canónigo de Valencia, costeó las vidrieras pintadas que se trajeron de Flandes; de la herencia del capellán Juan Grau se costeó el retablo mayor y el coro; don Beatriz Cornell pagó la cubierta de la iglesia que ya en parte era de madera. En el siglo XV se hicieron una porción de obras con 4.500 sueldos que á este objeto legó al monasterio el caballero Pedro Artés. En el siglo XVI don Marcos Antonio Bizuela costeó otra restauración de un claustro, el doctor Juan Luis Navarro en 1616 costeó el retablo del altar mayor que pintó Rifaña, y poco después Alonso Cano, refugiado en Portaceli huyendo por haber cometido un delito común, pagó la hospitalidad embelleciendo la iglesia con su hábil pincel. De manera que el convento y la iglesia no les costó un maravedí á los cartujos.

Lo mismo podemos decir del acueducto. En 1469 dió la ciudad de Valencia para reparar el pie de los arcos, 75 libras. El mismo año y para el mismo objeto dió micer Dalmau 500 sous. En 1487 Artacha de Aleira 200, y así sucesivamente. Podemos afirmar que el acueducto se edificó exclusivamente con las limosnas recogidas por fray Aranda. El papa Benedicto dió 60.000 sous. En 1544 cayó la arcada y se recogieron nuevas limosnas para su reconstrucción.

La única obra de importancia que aparece costeada por los frailes es el viaducto que da acceso al convento. Decimos que aparece costeada, porque no nos consta que se diesen limosnas con destino á esa obra. Tenemos la íntima convicción de que también pagarían los devotos el tal viaducto; pero como no queremos juzgar por presunciones, sino con arreglo á datos irrecusables, concedemos á los frailes haberlo hecho con el dinero del convento.

Fuera del viaducto, ya no encontramos otra cosa de importancia en que pudieran invertir sus cuantiosas rentas. Respecto á cuadros y objetos del culto no hay que hablar. Don Beatriz Cornell regaló un incensario que era una obra de arte, y la imagen principal, Santa María de Portaceli, fué regalada al convento por don Margarita de Luria; don Pedro Artés legó á Portaceli 8 jarros de plata. La citada don Beatriz regaló preciosos tapices, don Francisco Juan casullas y vestidos de brocado, un hermano de éste casullas, paliós, estolas, etc., micer Gaspar Pertuza palió y casullas, Juan Luis Beltrán palió y joyas; de la herencia de don Juan Lorenzo de Villarsa se renovó la capilla de San Miguel...

Sería interminable este artículo si hubiéramos de seguir reseñando las donaciones hechas al monasterio.

Hagamos, pues, punto final, y dejemos para otro día el ocuparnos de los gastos de los frailes.

GAZALLA

## Contra el personalismo

No estamos muy bien de hombres eminentes, pero tampoco tan mal como propalamos, influidos por la censurable costumbre de elogiar á los que se van y deprimir á los que se quedan.

Murió Ruiz Zorrilla, y nos apresuramos á declarar que no quedaba ningún hombre en España capaz de proseguir su política; murió Castelar, y nos ocurrió lo propio.

En ambos casos erramos, y bien claro se ha visto ahora en las sesiones de la Asamblea celebrada por la Concentración democrática.

Un orador, el que llevó el peso en las discusiones y cuyo nombre siento no recordar, dijo que ellos, los allí reunidos, representaban y proseguían la política de los ilustres muertos citados.

Y no fué, no, una jactanciosa pretensión. El señor Olías estaba allí representando la política de Castelar, y el señor Ginard de la Rosa la del señor Ruiz Zorrilla.

Al verlos, renació la esperanza en el pecho de los que no rinden inconscientemente culto al personalismo, sino á las ideas, y exclamaron regocijados: «¿Qué importa la muerte de Castelar si Olías se encarga de proseguir su obra política, ni la de Ruiz Zorrilla si queda Ginard para completarla?»

Bandigamos á la Providencia que, en medio de nuestras desgracias, nos deja el consuelo de ver que nuestros grandes hombres son sustituidos de tan ventajosa manera.

### SELLOS CON LOS RETRATOS

DE ORENSE, FIGUERAS, RUZ ZORRILLA Y CASTELAR

Están admirablemente grabados por el renombrado artista don Bartolomé Maura.

Precio de cada sello 25 céntimos.

Se ponen á la venta para fines de propaganda.

Los pedidos á la administración de El Motín.

Estimado colega *El Radical*, de Jávea: En el número correspondiente al 6 de Junio has insertado un artículo mío, el titulado *A mi piqueta*, escrito hace mucho tiempo, y el cual reproduce en el número de El Motín de 2 del actual.

Y lo has insertado con la firma de *El abate Faria*, á quien no conozco, y del que no sé decirte si es más tonto que sinvergüenza. Pero como tú debes conocerlo, dignate darme tu opinión acerca de él.

No me habría extrañado que el artículo se publicase sin firma: el que copia lo que escribo, me honra aunque no cite mi nombre. ¡Pero publicarlo con otra firma! Esto no he de pasarlo nunca en silencio.

## El carlismo triunfante

De madrugada, casi á oscuras, cual criminales que se recatan, varios hombres arrancan en Pamplona las placas donde se leían los nombres de las calles *Héroes de Cirauqui*, *Mártires de Cirauqui* y *Dos de Febrero*, sustituyéndolas por otras en que estaban grabados los de *Chapitela*, *Comedias* y *San Antón*.

Indignado el valiente periódico de aquella ciudad, *El Porvenir Navarro*, exclama:

«Consumada la infamia mayor que contra el pueblo liberal navarro y el ejército ha podido cometerse.

Los concejales republicanos y los hombres más conspicuos del partido liberal, han debido presentarse al gobernador y pedirle su intervención para que no se hubiese llevado á cabo ese acuerdo del Ayuntamiento carlista de Pamplona. El mismo general Santiago, no ya en nombre de la guarnición, sino en nombre del ejército español, ha debido protestar contra una disposición que tiende á borrar glorias adquiridas á costa de la sangre del soldado.

No hemos de conitar al elemento liberal pamplonés á que se lance á la calle á arrancar las placas ayer puestas y á estrellarlas en las cabezas del alcalde y concejales que votaron tal medida, pues si amamos la revolución, detestamos el motín: ni hemos de recordar á los oficiales recientes sucesos que les obligaron á tomarse la justicia por su mano, por asuntos no tan graves como éstos, (pues si aquéllos tuvieron origen en unos innobles versos de desconocido poetaastro, ahora se trata de borrar gloriosos recuerdos de la historia del ejército), á fin de que se reunan y arrojen á cintarazos del salón de sesiones del Ayuntamiento á los concejales que tal iniquidad han acordado, porque entendemos que la espada que ciñen ó la espada que arrastran, son para defender á la patria, no para emplearla contra ninguna clase del pueblo; pero á liberales paisanos, como á soldados, jefes y oficiales, hemos de señalar el carlismo como enemigo irreconciliable de nuestras libertades y de las glorias de nuestro ejército, para que aprendan á aborrecerle y se apresten á acabar de una vez para siempre con esa vergüenza de la nación.

Cobardemente y casi de noche han arrancado las placas que recordaban hechos gloriosos de nuestra historia patria: en medio del día y al bélico son del himno de Riego y de la Marsellesa, han de volver á colocarse en época quizá muy próxima, y escritas con letras de oro, á costa del bolsillo de los facciosos que hoy rien su cobarde hazaña.

Y ¡quién sabe!, las que ayer se colocaron quizás sirvan de martillo para machacar el cráneo de los infames que tal acuerdo han tomado.

Bien pensado y mejor dicho.

Y ahora, para que la generación presente, que no sabe esas cosas, se entere

de lo que esas lápidas sustituidas representaban, lean con cuidado el artículo siguiente.

## Asesinatos en Cirauqui

Después de relatar la heroica defensa, la capitulación y el saqueo que sufrieron los liberales después de rendidos, se expresa así el bravo don Tirso Lacalle, en el parte oficial que en 19 de Julio de 1873 pasó al Gobernador civil de la provincia de Navarra:

«Serán las tres de la tarde, y todo quedó al parecer en calma, si bien notando una nueva infracción de lo estipulado, puesto que Dorregaray nos prometió poner guardia de confianza, y sólo vimos gente de las partidas á quienes más habíamos perseguido siempre de frente y en campo abierto.

No habrían transcurrido diez minutos, cuando oímos una gritaría espantosa, que con una confusión infernal pedían nuestras muertes, muy en particular la de *el Cojo*, nombre que dan al que suscribe, porque desgraciadamente lo es, demostrando mientras tanto los tambores y demás obras de fortificación.

Serán las cuatro poco más y creció el tumulto, llamándonos la atención que uno de los centinelas tirase la escalera de mano, que para comunicarnos con el coro estaba colocada en la habitación donde nos encontrábamos, y que en el mismo instante se presentara un jefe diciendo con frase dura, que allí faltaban voluntarios.

Satisfecho al parecer dicho jefe con las contestaciones que se le dieron, salió de habitación, y no habría pasado un minuto cuando oímos aumentar terriblemente la gritaría, percibiéndose claramente los gritos: «¡A ellos! ¡A ellos! ¡No ha de quedar uno! ¡A la bayoneta! ¡Fuego! ¡No quede ni raso!», y otras mil frases repugnantes.

A la vez que vimos un grupo en la puerta, sentimos unas detonaciones que se confundieron con los ayes de los voluntarios; presencié que algunos caían heridos ó muertos, y por un agujero que el día anterior habíamos abierto en la habitación para facilitar la comunicación con el piso de abajo, nos tiramos algunos, ocultándonos entre y dentro de las cubas, y alguno en el lugar excusado, donde sufríamos una agonía peor cien veces que la muerte oyendo los lastimosos gritos de nuestros desgraciados compañeros.

Aquello fué horrible, llmo. Sr.; disparos y gritos de parte de los carlistas; terribles maldiciones de los que asesinaban en nombre de la religión; amenazas é insultos que avergonzaban al hombre más avezado al crimen; las voces de «no tirarse que más padecerán muertos á bayonetas!» ¡Corridas las orejas! ¡Corridas las!... ¡Arrastrados! ¡Entregados al pueblo! Todo esto, llmo. Sr., unido á que, con algún intervalo, se oían voces casi apagadas que decían: «¡Por Dios, maladme!, nos horrozo en términos, que de todo corazón hubiéramos deseado la muerte.

Muy pronto comprendimos que estábamos perdidos, pues vimos á la misma puerta de la bodega á un grupo que decía: «¡Aquí! ¡Aquí están estos herejes! cuyo grupo entró en el local matando á todo el que encontraba.

Saciados sin duda de tanta sangre, y sin esperanza de encontrar más que derramar, se retiraron los grupos al toque de llamada á la carrera, oyendo entonces una voz que en la habitación de arriba les apostrofaba, tratándoles de cobardes y asesinos y diciéndoles que habían deshonrado su partido, y que nunca podrían lavar la mancha que sobre el mismo acababan de echar.»

«A la vez que se entretenían los asesinos en hacer padecer á sus víctimas, otros, que gustaban más del robo que del asesinato, saqueaban nuestras casas.»

Muchos cadáveres que fueron despojados de toda su ropa, estaban horriblemente mutilados unos, y otros cubiertos de heridas de balas y bayonetas. Esta noticia me fué ya comunicada en mi prisión por personas carlistas y el médico que los reconoció. También se dió el inhumano caso de negarse los paisanos á conducir al cementerio los cadáveres, y hasta arrastrar alguno que otro por las calles.

Esto es lo ocurrido, llmo. Sr.; que se me caiga la mano con lo que lo firmo, si en lo más mínimo faltó á la verdad, y si en algo faltó, será en dudar de relatar alguna que otra escena que me es desconocida.

Uno de los voluntarios que huieron al principio los asesinatos, y á pesar de haber sido herido de bala en un brazo, salió al campo, y cogido por dos bandidos de á caballo, le echaron una soga al cuello, y atado á la cola de uno de ellos recibió fuertes contusiones de sable que hoy muestra al que quiera verlas, conduciéndole en este estado á distancia de un kilómetro. Entonces pasaron la soga del cuello al brazo, y haciendo que el caballo galopase, cuando le veían casi arrastrando, le decían: «¡Pensabas que no corrían los caballos de los carlistas?»

Así le llevaron hasta Lorca, presentándole á Dorregaray en un estado lastimoso.

Nada más resta que decir, llmo. Sr., sino que la inmensa mayoría ha quedado en la miseria; casi todos propietarios en grande, ó por lo menos labradores bien acomodados, reciben hoy de sus amigos y correligionarios el pan para no morir de hambre y ropas para cubrir sus carnes.

Añadiendo ahora que los liberales asesinados fueron 37 y que los detalles del crimen fueron horribles, se comprenderá con cuánta razón se pusieron á esas tres calles de Pamplona los nombres que llevaban.

Mandando un gobierno que se llama liberal, se han atrevido los carlistas á borrar esos nombres: ¿Qué protección no alzanarán ya del clericalismo, cuando se atreven á tanto?

Calcúlese por esto lo que harían si triunfasen del todo y exclamemos:

«¡Abajo el clericalismo, que es quien sostiene, inspira é impulsa á los carlistas!»

Y no nos contentemos con gritar. Trabajemos cada cual en nuestra esfera por acabar con él.

## LA FALTA DE FE

La ostentación de riqueza y poderío de las órdenes religiosas, contribuye más que nada á la falta de fe.

El obrero que entra en una de esas iglesias—que más que esto parecen por las luces, las colgaduras y los adornos

que en ella dominan, teatro ó salón de fiestas de casino elegante, donde los sitios están tomados con anticipación como en los días de gran extremo, donde por todo el ambiente se extiende un olor á esencias que trastorna los sentidos y aleja nuestra alma de Dios,—ese obrero siente deseos de alejarse, porque comprende en seguida que aquello no está preparado para que él lo disfrute.

Si haciendo un esfuerzo sobre su voluntad logra permanecer hasta el fin, verá después de mil ceremonias destacadas de la sombra la figura de un orador, que con voz reposada primero y teatral después, cantará, entre un diluvio de flores retóricas, los encantos y virtudes del Santo ó de la Virgen, dejando su oído agradablemente impresionado por armoniosos sonidos, y su cerebro lleno de amargura, por no haber podido recoger en la oración, ni una frase, ni una idea que trate de poner remedio á su miserable condición.

JSII

## LÓGICA PURA

A los inocentes que sueñan con una Iglesia culta y tolerante, les recomiendo, para no abrumarlos con citas, las siguientes opiniones de dos Papas de este siglo.

Dijo Pío IX en sus polémicas con el Piamonte:

«La libertad de la Iglesia es de derecho divino; toda ley contraria á esta libertad es nula.»

Gregorio XVI, en su famosa encíclica, condenó antes el indiferentismo, es decir: «la opinión perversa, según la cual se puede alcanzar la salvación eterna mediante cualquier profesión de fe, siempre que las costumbres sean puras y honradas... De esta fuente corrompida se deriva la máxima absurda y errónea, ó mejor dicho, el delirio, de que se debe conocer y garantizar á todo el mundo la libertad de conciencia.»

Creo que esto está claro, que no se presta á interpretaciones de ninguna clase, que ahí se niega la soberanía de la nación y la libertad del individuo.

¿Han inventado esos dos Papas la teoría? No. Hablando el oráculo de la Iglesia, Santo Tomás, de la tolerancia religiosa, dice:

«La cuestión de los herejes hay que mirarla desde dos puntos de vista; uno por lo que se refiere á ellos mismos, otro por lo que toca á la Iglesia. En cuanto á ellos, hemos de decir que por su pecado han merecido, no sólo el ser separados de la Iglesia por la excomunión, sino arrojados del mundo por la pena de muerte. Porque mucho más grave es corromper la fe, que es la vida del alma, que falsificar la moneda, por la cual se atiende á la vida temporal. Si, pues, los falsificadores y otros criminales son condenados á muerte sin dilación por la autoridad temporal, con mucha más razón los herejes, tan pronto como están convencidos de herejía, pueden, no solamente ser excomulgados, sino *matados* justamente.»

«Mas por parte de la Iglesia hay misericordia para su conversión; de aquí que no les condene al momento, sino después de la «primera y segunda corrección», como enseña el Apóstol; pero después, si los encuentra pertinaces y no espera de ellos que se conviertan, la Iglesia, mirando por la salud de los demás, los separa primero de su seno por medio de la excomunión, y después los entrega al brazo secular para que sean exterminados del mundo por la muerte.»

Sobre si los que vuelven de la herejía han de ser recibidos por la Iglesia, dice:

«Por la primera vez puede perdonárseles, y así se lee que se ha hecho algunas veces por el bien de la paz. Pero cuando los que han sido recibidos vuelven á caer, parece ser esto señal de inconstancia acerca de la fe, y, por consiguiente, cuando vuelven de nuevo se les recibe, es verdad, á penitencia, pero no se les libra de la sentencia de muerte.»

Respecto á lo que llamamos hoy *libertad de cultos*, dice el santo:

«A los judíos se les puede tolerar sus ritos, porque éstos han sido la figura ó símbolo de la fe que profesamos; pero los ritos de otros infieles y de los herejes, que nada aportan de utilidad ni de verdad, no se han de tolerar en manera alguna; como no sea para evitar algún mal mayor, como sucedía cuando era grande la multitud de los infieles.»

Examinando lo de si los infieles han de ser obligados á profesar la fe católica romana, exclama:

«Si se trata de infieles que nunca recibieron la fe, como los judíos y los gentiles, no se les puede forzar porque el *creer es voluntario*; pero se les puede forzar si hay recursos para ello, para que no perviertan la fe con sus blasfemias, discursos ó abiertas persecuciones.

Existen, empero, otros infieles que antes recibieron la fe, y la profesan, como los herejes y otros apóstatas, y á éstos se les ha de obligar, aun corporalmente, para que cumplan lo que prometieron, y guarden lo que una vez han recibido.»

Otras citas de Santos Padres:

San Gregorio decía: «Si es una gran cosa impedir los homicidios y castigar los robos y adulterios, es mucho más grande todavía sostener la piedad por la autoridad de las leyes, obligando al pueblo á recibir la doctrina verdadera.»

San Agustín afirma que, «si la violencia se pone al servicio de la verdad, es justa y saludable. La Iglesia persigue por amor; pero sería un verdadero odio no intentar salvar al hereje por la fuerza.»

San Jerónimo dice: «No es crueldad la piedad por Dios; es preciso á veces sacrificar al amigo, al hermano, á la esposa.»

Resumiendo todas estas doctrinas, dijo el Papa Inocencio III: «Los herejes son culpables del delito de lesa majestad divina.» Y obra fué del papa la siguiente máxima: «Dios nos ordena matar á los herejes; son los miembros de Satanás; que perezcan hasta el último. Los que están fuera de la Iglesia, están fuera de la ley; el primer venido puede matarlos.»

Todo lo que dicen esos santos y papas es perfectamente lógico, está dentro de la esencia del catolicismo, y los que no acom-



dan su conducta á esas enseñanzas, mixtificación de la doctrina.

Y siendo así, y no teniendo toda religión otro remedio que ser intransigente ¿por dónde pueden sostener los liberales de agua chirle que la católica pueda ser nunca tolerante y culta? Lo aparentará cuando no tenga otro remedio, á reserva de volver á su feroz intransigencia en cuanto se le presente ocasión propicia. ¿Pero serlo en realidad?

Se necesita ser imbécil para sostener esto último, ó hipócrita para no confesarlo.

## DILEMA

Sevilla 11 (12,5 m.).—En el Círculo Mercantil se han reunido los señores Montes Sierra, Fernández (don Juan Antonio) y otros, acordando emitir mil acciones de mil reales para construir un edificio destinado á Círculo.

En el acto han quedado suscritas cien mil pesetas.—*Mencheta*.

Leo este telegrama, y sólo se me ocurre el siguiente comentario:

Montes Sierra, como muchos de los que hoy figuran en los centros directivos de la Unión Nacional y hacen sacrificios para salir adelante con su empeño, han sido y son son republicanos.

¿No han hecho esos sacrificios en nuestro partido porque nadie se los exigió, ó se los exigieron, y no los hicieron?

Conviene saberlo, para que cargasen con el sambenito, ó ellos, ó los ilustres, eximidos é incapaces directores de la política republicana.

## Familia cristiana

Antes del 10 de Octubre de 1898, por buena, por cristiana y ejemplar, tendría el vulgo á la familia que cometió el día citado uno de los más espantosos crímenes de que hay memoria.

La madre, una santa mujer, temerosa de Dios, muy económica, amante de sus hermanos é idólatra de su hijo. Este, un sacerdote modelo. Casto, serio, enemigo de lecturas privadas y heréticas. No leía el santo varón más que en el breviario. No hay memoria de haberle visto con un periódico en la mano.

Sus tíos, excelentes personas. El único que desentonaba un tanto en el cuadro de esa familia modelo era el padre. Hombre un tanto manirroto y por demás débil, capaz de perder un pleito por transigir con los contrarios.

Hogar ejemplar el de Anguita para todos, excepto contados convecinos; nido de vibras aquel lugar, según se ha visto luego.

Del crimen, sus autores, los móviles y la sentencia que les han impuesto, enterados están nuestros lectores.

María Castillo concibió la idea criminal. «Para que tu padre no pierda el pleito y te hunda en la miseria, hijo mío, es preciso matarlo.» Y dicho esto á su hijo y á su hermano, se urdió la trama para asesinar al pobre Antonio Anguita. Compró Cándido García el veneno, se llevaron Julián Anguita y su tío Cándido á Antonio al campo, le emborracharon y le dieron luego á beber del brebaje venenoso. No surtió efecto y entonces el hijo y el cuñado lanzáronse sobre el infeliz Antonio, le apuñalaron, le golpearon con piedras y palos, y el sacerdote, el hijo, de un tiro le vació un ojo.

¿A qué seguir? Conocidísimo es cuanto ha sucedido en la vista de esa causa y no hay que recordar detalles del horrible crimen.

No es otro nuestro ánimo que hacer observar que Dios puede tener peores ministros que los reyes.

El cura de Castillo de Locubín, criminal nato, según unos, imbécil, según otros, pudo celebrar el santo sacrificio de la misa, tomar el pan eucarístico, confesar y enseñar moral antes y después de cometido el crimen.

El padre Anguita no sólo celebró con las manos teñidas en sangre, sino que él mismo ofició en funerales y misas, pidiendo á Dios por el alma de su víctima, de su padre, asesinado por él.

Y el cielo, mudo. Dios encubría el horrendo crimen, guardando su cólera para mejor ocasión y reservando las apariciones ó otros milagros para la iluminada de las cercanías de Murcia ó para beneficiar al encuarnador de la Costanilla de los Angeles de Madrid.

Buena ocasión se ha perdido la divina Providencia para confundir á los incrédulos con algún milagro que hubiera desenmascarado y castigado al cura parricida. Si al estar alzando, por ejemplo, se hubiera quedado sin manos ó convertido en monstruo negro y espantable, ó si al ir á asesinar á su padre se le hubiera aparecido el ángel que vio Abraham, que además de contenerle é impedir el crimen, le echaría una buena filipica y le daría una tunda con el áureo sable de plano, sobre ser seguro y grande el triunfo de la fe sobre la impiedad, hubiera quedado restablecida en la grey católica la confianza en los ministros del Señor.

Criminal ó loco, el cura de Castillo de Locubín es un ejemplo demoledor y terrible, no porque indique que todos los curas son malos, ni siquiera que el ser cura favorece la propensión al crimen. Nada de eso.

Esas consecuencias son disparatadas. El ejemplo es demoledor, porque hace perder la confianza en el sacerdocio como intermediario entre Dios y los hombres.

Si un ministro de Dios, ungido, consagrado, con gracia divina, educación cristiana, enseñanza severa en un seminario, puede cometer crimen tan repugnante y monstruo-

so, ¿cómo fiar los secretos más recónditos al confesor, cómo elegir director espiritual, cómo entregar los niños y los jóvenes en manos de los clérigos para que los eduquen?

Si no es responsable de sus actos el cura Julián Anguita, si es, como se dice, un loco, peor que peor.

Curas criminales y locos ha habido muchos; mas no aquejados de la vesania que se supone padece Anguita. De éste se dice que es imbécil; y si fuera así, ¿cómo ha estudiado ese hombre con fruto, es decir, con título?

Una de dos: ó la carrera eclesiástica es tal que pueden seguirlos los imbéciles, ó los que han examinado, educado y facultado para cantar misa á Anguita no han cumplido sus deberes.

En uno y en otro caso la cura de alma puede quedar abandonada, como la de los cuerpos, á viles falsificadores.

ROBERTO CASTROVIDO

## El dinero de la reacción

Acabo de leer no sé en qué periódico que en una sociedad católica se trató ayer de la fundación de un Sanatorio modelo. Calcularon los reunidos que necesitarían, para esa fundación, de un capital de cinco millones de pesetas. Se nombró, como es de rubrica, una comisión. Los iniciadores de la idea están orgullosos de haberla concebido y la dan por realizada. La realizarán de seguro.

Y aquí entran mis tristes reflexiones. Aparentan los reaccionarios cuidarse más de lo divino que de lo humano; piensan más, según dicen, en el cielo que en el suelo; están obligados por su santa religión á mirar con desdén los bienes terrenales; odian la carne y aman el espíritu. Pero el caso es que son ellos los únicos que viven. Ellos sólo son los que encuentran para todo dinero. Son los primeros propietarios, los primeros accionistas de todo, los primeros industriales en grande, los primeros acaudalados. Ser reaccionario es ya una base social, constituye por sí sólo una especie de profesión lucrativa.

Somos ó creemos ser más los despreocupados, los desdénados para las farsas religiosas. Amamos á la humanidad, odiamos el egoísmo, borramos barreras, confundimos en un abrazo todos los pueblos y todos los hombres y todas las razas.

Parece que gozamos de las mayores simpatías, pero somos eternamente pobres. Los prestigios de nuestras filas nada deben al favor; son en general ciudadanos surgidos de familias oscuras que han ganado á pulso la posición de que en el mundo intelectual gozan. Son, pues, prestigios sólidos. Todo lo sólidos que se quiera, pero todo lo pobres que puede imaginarse.

Con el más fútil pretexto hallan los católicos modo de reunir enormes sumas. La necesidad de dedicar misas á los muertos, el culto de una imagen cualquiera, una aparición fingida, un milagro mal inventado, un absurdo basta para que acudan los capitales á sus manos. Cuando encubren su obra mística con algún fin humano, verdaderamente benéfico, entonces se colma la medida.

Los descreídos, los adelantados, los que hemos emancipado el espíritu de la superstición y de la hipocresía, ya podemos soñar con proyectos útiles, que no hallaremos quien los ayude.

Nuestros centros, nuestros periódicos, viven anémicos; los suyos florecientes.

Entre nosotros están los pobres; entre ellos los ricos.

¿En qué consiste que, siendo los únicos que dicen despreciar la fortuna, son los reaccionarios los únicos que la tienen?

Acaparan lo de la tierra y lo del cielo. Se protegen, además, se auxilian, y hasta muchos liberales que se niegan al corresponsario, dan su óbolo á las hermanitas de San Vicente.

Contribuyen todos á que viva la reacción y se quijan de que prospere.

Los reaccionarios han acaparado la beneficencia y casi la enseñanza. El porvenir es negro y el presente también.

Decididamente es muy productivo el amor á lo sobrehumano.

(La Autonomía, de Barcelona.)

## LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada,

Para los suscriptores á EL MOTIN á 10 céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

Querido colega *El Coriano*.

Te felicito por haber entrado en el segundo año de tu vida.

Puedes estar orgulloso de la labor realizada en el primero; pocos periódicos ofrecen á sus lectores tanta igualdad de criterio revolucionario como tú, ni atacan á todos los poderes perniciosos con más brío.

Veo que tienes ya vida propia, y á fe que me alegro, pues lo mereces.

Adelante, y el diablo, mi patrono, haga que antes de acabar el segundo año, entres en el primero de lo que todos los republicanos deseamos ver.

## HUMO Y CENIZA

En esto, como las grandezas y pompas humanas, vienen á parar anualmente en los pueblos civilizados seis mil ochocientos cincuenta millones de francos que, según cálculos aproximados, se gastan en cigarrillos; es decir, en humo y ceniza.

Seguramente con esa enorme suma aplicada á la industria y á la agricultura, se podría resolver en gran parte el problema económico planteado actualmente en todos los pueblos de Europa, que sufren hoy las consecuencias del terrible desarrollo del pauperismo.

Una curiosa estadística hecha por alguien que debía tener mucho tiempo de sobra, da los detalles siguientes acerca de la cantidad y el valor del tabaco que se consume:

Se queman anualmente doce mil millones de cigarrillos, cuyo peso, calculando de seis á siete gramos cada uno, es de 53.572 toneladas.

Para transportar de una vez este peso se necesitaría un tren de cinco mil vagones, arrastrado por sesenta máquinas de las potentes. Este tren ocuparía una longitud de treinta kilómetros.

Encajados esos cigarrillos por series de 50, y apiladas luego las cajas, se podrían formar con ellas 2.543 pilas de la altura del Mont Blanc.

Colocados todos esos cigarrillos en fila formarían una línea de una longitud diez veces mayor que la distancia que separa la tierra de la luna.

Con el tabaco empleado en esos cigarrillos podría hacerse uno sólo que tuviera 310 metros de longitud y 44 de diámetro; y para consumir un hombre tendría que estar chupando y echando humo veintidós siglos sin descansar.

Como ustedes comprenderán, no me atrevo á afirmar la veracidad de estos datos, cuya exactitud no me he metido á comprobar.

Me fio de la palabra honrada del apreciable aficionado á estadísticas.

Únicamente he calculado por mi cuenta, partiendo de la base de que se gastan al año 6.850 millones de francos en cigarrillos, que los pueblos civilizados, donde las clases proletarias apenas tienen pan que llevar á la boca y donde tanto trabajo y sudor cuesta la adquisición del preciso alimento, emplean en aspirar humo perjudicial para la salud y en hacer ceniza completamente inútil, 571 millones al mes; 19 millones al día; 791.666 francos por hora; 13.193 francos por minuto y 220 francos por segundo.

Para comprender la enorme cantidad de pan que con el coste de esos cigarrillos podría producirse para facilitar los medios de vida de las clases trabajadoras y proletarias, baste calcular que el kilogramo de pan viene á costar en las poblaciones de España, donde está más caro, de 46 á 50 céntimos de peseta, mientras que el tabaco ordinario se paga á una peseta cincuenta céntimos los 125 gramos ó sean 12 pesetas el kilogramo.

Resulta que con lo que cuesta un kilo de tabaco malo, se pueden comprar 24 kilos de pan candel del mejor que se fabrica para el consumo.

Véase, pues, como no anduve descaminado al decir al principio que con el dinero que los pueblos gastan en tabaco, podría remediarse casi en su totalidad la miseria de las clases proletarias, dando una solución á la parte más triste y lastimosa de la cuestión social, que tanto preocupa en la actualidad.

JOSÉ CINTORA

## Los gajes del obrero

¡Díantre de chiquillos!... También podían callar, aunque sólo fuese por un rato. Aquel loriqueo y aquel sonsonete eran inaguantables. La eterna cantinela de *mare, pá, pá, mare*, no era para oída continuamente. Ya sabía ella, Roseta, la mare de aquellas tres criaturas, que los pobres muchachos pedían pan con mucha razón, y, sobre todo, con mucha hambre; pero ¡qué demonios! no iba ella, por muy sensible que fuera, ni por mucho que adorase á sus pequeños, á convertirse en harina amasada y cocida.

Después de todo no había para tanto, pues la costumbre viene á ser una segunda naturaleza, y, por lo tanto, los muchachos ya casi debían estar acostumbrados al hambre y familiarizados con los ayunos forzosos; para eso se nace á los hijos de los pobres. ¡Si creieran aquellos tres diablillos famélicos que les había engendrado un ministro, ó que eran sobrinos de algún príncipe de la Iglesia! ¡Aviados estaban, pues!

Además, era sábado, y anochece por añadidura; el *pare* no tardaría en regresar de obra con las once ó doce pesetas del jornal de la semana. ¿Cómo disfrutarían entonces los muchachos! Al igual de todas las semanas, el *pare* se dejaría registrar los bolsillos uno por uno, y los chicos irían sacando puñados de *aguiletes*, hasta dejar al abuelo sin perro chico. De los bolsillos del *pare* pasaría el dinero á manos de la *mare*, y en seguida habría pan en abundancia y *abaecho* y *sardinas* también en abundancia. Algo se ha de hacer por esta pícara vida.

La esperanza del próximo *banquete* debía volver juiciosos á los niños. Más hambre tenía ella, la madre, y ni lloraba ni pedía, aunque también es verdad que en aquellos ojos hundidos y rojizos no quedaban ya lágrimas, y en cuanto á lo de pedir... ¿qué quier? ¡Nuncio!

De buena gana se hubiera ido Roseta á ver al señor cura de la parroquia, el cual, á fuerza de lágrimas y de contante miseria tras miseria, la había socorrido algunas veces con una peseteja en plata y un tesoro en consejos basados en la santa resignación cristiana; pero no era cosa de ir todas las semanas en busca de los cuatro reales. Esto sería demasía lo abusar y demasía pelir. Además, en la anterior visita, el señor cura llegó á incomodarse ya cuando ella le contaba que los muchachos tenían mucha hambre. Bien claro demostró su enfado cuando exclamó, con aquel tono que no era por cierto el que empleaba con las beatas que le encargaban misas y funerales.

—Buena, bueno; no vullg saber res. No sé pera que leniu fills, si no 'ls pòdeu mantindre.

Ella se defendió lo mejor que pudo de aquella especie de acusación, explicando á su manera lo del sacramento del matrimonio; pero era lo que había replicado el señor cura: «Si, pero yo no tengo obligación de mantener á los hijos de otros.» Y en esto no podía menos de estar conforme Roseta. Era verdad. Bastante haría el señor con mantener á su rolliza *ama* y á aquel rebaño de sobrinos que se le iban aparcando de continuo, como llovidos del cielo.

Pero ¡vuelta con los chiquillos! Ni la promesa de que en breve llenarían el buche les bastaba para relegar al olvido el pesado sonsonete: *Pá, mare; mare, pá*; ¡y cómo resonaban aquellas palabras en el cerebro de la pobre madre!

—¡Calieu, condenats! Ya os he dicho que aho-

ra vendrá el *pare* con el jornal de la semana y comeremos todos.

¡El jornal de la semana! ¡Valiente cosa iba á hacer ella con aquellos cuarenta ó cincuenta reales! El tendero de la esquina había ya presentado su *ultimatum*; ó le pagaban aquel sábado ó no volvía á darle cinco céntimos de garbanos en toda su vida. El panadero, por su parte, no quería *esperar* más, y en cuanto al casero... ¡éste si que se mostraba intransigente! O le pagaban ó les echaba los trastos á la calle.

¡El jornal de la semana! No parece sino que el dinero del pobre esté sujeto á una maldición; se escapa, se funde, se evapora de las manos, como si fuera el producto de un crimen. Y es que sobre el desheredado ¡pesan tantas explotaciones!...

¡El jornal de la semana! Ya sabía Roseta lo que aquel sábado ocurriría: lo del anterior, lo del penúltimo, lo de siempre. Con una mano cogería el dinero y con la otra lo entregaría á los acreedores y el domingo... vuelta á empezar: á vivir de fiado, al ayuno forzoso. ¡Qué vida! Y así una semana, y otra, y una año, y una eternidad... ¡Y aún hay quien niega que el infierno existe!...

Casi, casi, para no vivir de aquel modo, por no escuchar la eterna cantinela del *pá, mare*! valía la pena de capitular y volver á la fábrica á pedir trabajo á aquel fabricante que sólo lo tenía para aquellas obreras dóciles y complacientes... No; si no lo hacía no era ciertamente por remilgo de beata ni escrúpulos de monja. ¡Valiente cosa hubiera hecho ella del *qué dirán*! ¡Valiente cosa le hubiera importado lo que pudiera decir aquella sociedad representada por el señor cura, por el casero y por el fabricante! Sino fuera por *Chuan*, por aquel infeliz que se pasaba diez ó doce horas en el andamio para llevar un mendrugo de pan á Roseta y sus hijos...

Mientras tanto el concierto vocal iba en *crescendo*. Gracias á que ya duraría poco. El *pare* y sus diez ú once pesetas no tardarían en llegar. El *festín* alegraría de la mente ciertas ideas.

—¡El *pare*! ¡el *pare*!—gritaron al poco rato los muchachos al oír unos golpes dados en la puerta.

—¡Gracias á Dios!—dijo Roseta marchando á abrir apresuradamente.

—¡El *pare*! ¡el *pare*!—gritaban los muchachos corriendo hacia la puerta, atropellándose los unos á los otros.

Y en efecto, era el *pare*; pero no venía sólo. Le acompañaban dos obreros más en cuyos brazos se apoyaba y llevaba la cabeza cuidadosamente vendada.

—¡Chuan! ¡Chuan! ¡Qué ha pasat!—exclamó Roseta.

—¡Pare! ¡pare!—gritaron los niños.

—No hay que asustarse; esto no es nada. Una torba, cal del andamio... ¡Vaya! No vullg ploricos. Ahí va el jornal.

Y entregó á Roseta algunos *cartuchos* de calderilla. Los envoltorios de papel que contenían las monedas estaban manchados de sangre.

—Por esta vez el jornal de la semana llega con gajes. ¡Con los gajes del obrero!

LUIS BERNAT

## VERDADES Y ABSURDOS

Tanto traen y llevan los clericales á la masonería, afirmando, como recientemente ha hecho el párroco de Sagunto, que «por medio de las escuelas laicas realiza sus fines y planes diabólicos privando á la infancia de la vida religiosa y moral», que conviene que corra esto que *Gil Blas de Santallana* le ha dicho á ese cura, poniéndolo en boca de un Padre Benito:

«Lo primero que quiero aquí advertirle es que los curas y los frailes deberíamos levantar una estatua á la masonería. ¡Sabe usted por qué? Porque es para nosotros, cuando no contamos con los auxilios del caletre y del saber, lo más socorrido que hay en el mundo.

Que predicamos una novena misión, y en vista de que no decimos más que vulgaridades, acaba por no asistir más que la famosa mujer y el perro del cuento: ¡la masonería que ha hecho una de las *snays*!

Que un pueblo haría de las atrocidades del párroco le hace salir á uña de caballo, ó sea por su pie, ¡la masonería que ha influido en el asunto!

Que publica uno de nosotros algún folleto empedrado de sandeces y resulta que no lo lee nadie, y los que lo leen acaban dañados de los ríñones de tanto reír, ¡la masonería que se introduce hasta lo más íntimo de los seres!

Y con la masonería por delante podemos afrontar con toda tranquilidad fracasos, planchales y patatazos: ¡todo es obra de la masonería!

Eso sí, que á veces nos tenemos que encontrar con que la pobre masonería levanta la voz y dice: «mentira, que á mí no se me han ocurrido nunca las cosas que á los curas para poner en ridículo la religión».

Sucedió, y va de cuento, que aunque quiero no puedo quitarme esta costumbre fraíluna de los chascarrillos, que un novicio en una orden de estrechísima penitencia hurtó un par de huevos y un poco de manteca. Encerróse en su celda y empezó á devanarse los sesos pensando cómo haría de manera que los dos elementos combinados formaran, como muy bien podían hacerlo, un plato suculento que fuera oasis en medio del desierto de hortalizas y bacalao porque atravesaba.

Dióse al fin una palmada en el cerquillo; tomó un papel de música; hizo con él una caja; colocó en ella huevos y manteca, y aplicando debajo la llama de un cabo de cirio que para conjurar las tempestades allí estaba, logró los huevos al plato ó al papel pautado más deliciosos que comieron los hombres.

El abad, que tenía cerca la celda y á quien debieron llegar las deliciosas emanaciones de la manteca, se presentó en el momento crítico, increpó duramente al que de un modo tan horrible burlaba la austeridad de la regla y amenazó con fuertes penitencias.

Entonces el novicio se disculpó diciendo: «Padre, no me castigue, pues ha sido el demonio que me ha tentado.»

Pero, ¡cuál no sería el asombro de ambos

frailes, cuando vieron ante ellos al ángel rebelde con todos sus aditamentos de cuernos, rabo y ojos incandescentes, que decía: «Es falso lo que dice este novicio; yo no sabía que se podían guisar huevos en papales de música.»

«¿Cuántas veces, mi candoroso señor cura, la masonería aprende de nosotros cosas que no sabía en orden á destruir lo divino y lo humano!»

¡Qué verdad es todo eso!

Lo malo es que la masonería no se aprovecha de lo que le enseñan los curas, para combatirlos con sus armas. ¡Como que, por mixtificarlo todo, existen hoy masones que son católicos, ó por mejor decir, católicos que son masones!

El colmo del absurdo.

## PASCAL CRISTIANO

A VARIOS REVERENDOS PADRES, HERMANOS Y OTROS PARIENTES MÍSTICOS; epístola.

Muy RR. PP.: ¿Que leyera á Pascal? He seguido vuestro consejo y á estas horas ya conozco, entre otras cosas, los argumentos que dicho señor emplea para *probar las pruebas* de la autenticidad del cristianismo. Pero no convencen. Yo, como cada hijo de vecino, soy todo lo tolerante que puedo, esto es; sé resistir cualquier acometida religiosa sin reventar de risa como hacen otros, pero también tengo un poquito de apego á la verdad, por lo cual, si bien reconozco que vuestro Pascal es mucho Pascal, en tanto que en él hay cosas muy buenas y sugestivas, también es mucha la oreja que asoma en cuanto deja de ser lo que vosotros llamáis *jansenista, atrevido*, etc., ó sea, en cuanto comienza á remozarse en el embragador olorcillo de la fe. De aquí que sus obras sean peligrosas, como muy bien decís, porque entretienen uno en ocasiones á la vista de indiscutibles bellezas, pudiérase inadvertidamente estropear el sentido común contra cualquier esquina del dogma; y no digo esto ¡oh, RR. PP.! por hacer frases, sino porque realmente se encuentran en Pascal cosas que dejan estupefacto, y si dudáis, oid lo que sigue y pasmaos, que la cosa no es para menos.

Pasando por alto mucho de lo allí expuesto, y dejando á un lado reparos, conengamos en que la verdadera religión debe enseñar á amar á Dios. Nada más justo. Conengamos también en que debe reconocer la concupiscencia y miseria del hombre, y aun dejemos pasar lo de que éste se halla en la imposibilidad de adquirir la virtud por sí mismo y que, por tanto, le puede llegar de fuera como el *maná*; pero ¿se puede decir de buena fe que ninguna religión fuera de la cristiana ordena amar á Dios y proporciona el remedio de la oración, y que *«jamás, en suma, ninguna obra ha pedido á Dios amarle y seguirle»*? Porque, si mal no recuerdo, era cosa ya vulgar y convenida que amaba á Dios y que allá á su modo le veneraba, ¡imploraba! (sobre todo esto—que en el pedir no hay engaño)—y seguía, desde el infeliz café hasta el depravado europeo, toda la gama del humano linaje... Claro que un hotentote no irá á misa ni confesará, entre otras razones, porque no conoce estas cosas (ni falta); pero aparte de que sería curioso apurar la cuestión hasta ver sobre quién recaía la responsabilidad ¿veréis que hace él menos á los ojos de Dios (si se metiera en ello) cuando se arrodilla ante sus toscos tarugos sagrados, que vosotros cuando lo hacéis ante los vuestros un poco—casi siempre nada más que un *poco*—mejor labrados? Pues si esto se dice de pueblos tan inferiores como los citados, ¿qué no se podría decir de razas como algunas de las orientales, *hermanos mayores tal vez* de los avanzados pueblos de Europa? Si hoy se sabe, gracias á los esfuerzos del movimiento orientalista, que la mayor parte de nuestras creencias en lo que tienen de puro y elevado—que es poco en verdad—eran ya viejas en Oriente hace cuarenta siglos, y que vuestro credo, en lo que tiene de absoluto, era conocido entre los cultos semíticos arcaicos, de los cuales (del último y más bastardo destello, ó sea del mosaísmo) sois una pobre desviación ¿cómo se ha de creer que todos estos sistemas religiosos, padres del vuestro aunque os pese y de una *historia y evolución* más larga y cumplida, descuidaron este punto y cerraron á los hombres *las puertas de la esperanza*, no cayendo en la importancia de la oración, hasta que vosotros os distinguisteis de entre el resto de los humanos implantándola? Además de que os lucisteis de todos modos, porque, examinándolo bien, la cosa tiene un bien desgraciado interés. Hoy ya no convence la oración y menos la vuestra. A mí, al menos, no me gusta pedir mi pan diario sino ganarle, ni dar en la tierra para que me devuelvan en el cielo. Hay en esto algo de préstamo que bastardea la intención, y, por otra parte, de pedir algo, pediría como Marco Aurelio, no que se me concedieran tales ó cuáles bienes, sino la entereza de ánimo necesaria para que tales bienes me fueran indiferentes; y pediría asimismo, no que se me evitasen los males, sino que se templase mi ánimo de modo que pudiese considerar tales males en sí mismos y de un modo frío. Si se me pidiera un libro de oraciones, daría el *Manual* de Epicteto ó recomendaría á Schopenhauer. Pero vamos á otra cosa.

Es necesario, nos dice vuestro filósofo, que para que una religión sea verdadera, conozca la naturaleza humana. Muy bien. La religión, constante refugio de los espíritus que no tienen confianza en sí, necesita tener previstos los casos en que la entereza humana flaquea... Pero ¿es que sólo hace esto la religión, como dice vuestro pensador? No. Toda cristiana y todo sistema filosófico ha conocido al hombre más ó menos perfectamente, y más ó menos perfectamente ha previsto los tales casos. Los stoicos decían:

«O domina una fatal necesidad é inviolable orden, ó una aplacable Providencia, ó una temeraria confusión sin superior que dirija. Ahora bien; si reina una necesidad insuperable, ¿á qué viene la resistencia? Si gobierna una Providencia capaz de dejarse aplacar, procura hacerte digno de ella. Y si todo está sujeto á una ciega confusión sin que presida algún Numen, contentate con tener en ti misma la mente para que te sirva de conductor y piloto en medio de tan desahogada tempestad. Si llega el caso de que las enfurecidas olas te arrollen, procura que solamente lleven tras de sí al cuerpo, el espíritu vital y las otras cosas exteriores, pero guárdate bien de que no arrebatan al mismo tiempo el alma.»

Y además de esto, ¿qué es, según vosotros, la naturaleza humana? ¿Una á modo de mezcla de la más alto y excelso, y de la más vil y mezquino? Pues esto mismo era sostenido por infinitad de pensadores antiguos y modernos no cristianos, que, sin embargo, no deducían de ello cosas tan peregrinas como las vuestras, ni por ello se creían



tampoco los únicos que hablan acertado en este mundo.

Dice Pascal: «Estando Dios oculto, toda religión que no dice que Dios es invisible, no es verdadera; y toda religión de la que no se da la razón, no es docente. La nuestra hace todo esto.» Lo cual es falso. ¿Estaba seguro Pascal de que el Dios cristiano es invisible? Pues entonces habrá de creerse que los innumerables místicos católicos que han visto a Dios cada lunes y cada martes eran unos falsos. ¿Vieron estos ciertamente? pues Pascal dijo una sandez. Y no se venga ahora con distinciones más o menos escolásticas entre lo real, lo sustancial, etc., porque eso ya pasó. En cuanto a lo de que toda religión de que no se da la razón no es docente, pudiera aplicarse mejor a cualquier otra que a la cristiana. ¿Razón entre quienes sacan el mundo, o sea lo todo, de la nada y de una nada tan sin vuelta de hoja? Además, de la religión cristiana no se ha dado la razón, sino que se ha impuesto. Su historia no es sino la cruenta y ciega imposición de su dogma, y para eso casi siempre mal interpretado. Ninguno otro—y esto sí que pudiera probarse—ha costado más sangre al mundo que el cristiano en sus variados matices. No creo necesario insistir sobre este punto y continuo.

En las otras religiones «como las paganas», asegura el filósofo, todo es exterioridad, y por eso, añade, no sirven para gentes inteligentes; lo que obliga a pensar que de Pascal a nuestros días el culto cristiano ha variado por completo, toda vez que él echó en cara a los demás la exterioridad que es precisamente la nota que distingue al cristianismo de hoy con sus templos animados por música zarzuela, sus bujías coloreadas y sus vanas fastuosidades y efectismos.

Pero he aquí, queridos Padres, que llega a una porción de afirmaciones de vuestro modelo que me le presentan como un doctrinario fanático, de mala fe y embustero por añadidura; porque decídmelo si un hombre conocedor, como el fué, de la historia, y por tanto de las cruentas luchas promovidas constantemente por la imposición del dogma católico, pudo escribir sinceramente lo que sigue:

«Es imposible contemplar todas las pruebas de la religión cristiana, tomadas en conjunto, sin experimentar su fuerza, a la cual ningún hombre razonable puede resistir. Considerese su establecimiento, obsérvese cómo una religión tan contraria a la naturaleza se ha establecido, «por sí misma dulcemente sin ninguna fuerza ni violencia» y tan fuertemente, sin embargo, que ningún tormento ha impedido a los mártires confesarla; y todo esto realizado, «no sólo sin la ayuda de ningún príncipe, sino a pesar de todos los príncipes» de la tierra que les han combatido.»

¿Dulce el establecimiento del cristianismo y lo-grar su fuerza ni violencia? Que lo digan los pobres judíos, los desgraciados indios de todo el orbe, y que hablen los anales de la Santa Inquisición, sino fueran suficientes las luchas religiosas que ensangrientaban media Europa durante largos siglos.

En cuanto a lo de los mártires, ¿mártires de qué? ¿del cristianismo o de las mismas sectas que luego destruyeron en masa? Y para que entendiáis lo que digo, leed el trozo siguiente que yo entresaco de una publicación filosófica española:

«El concilio de Nicea tuvo lugar el 325. En él se fijó la actual fe ortodoxa de los evangelios canónicos.

Consecuencia: Que habiéndose desarrollado la Iglesia con entera libertad en más de tres siglos, los mártires corresponden a este período, a partir de la primera persecución de Nerón (54 al 68 de su reinado), hasta la décima y última de Diocleciano (284 a 305).

Toda la Era de los Mártires es anterior al concilio de Nicea, y ya sabemos la clase de cristianismo que se desarrollaba ante los Paulinistas, Inicianos, videntes, Escénicos, Nazarenos, Gnosticos, Judíos alejandrinos, etc.

Resulta, pues, que el honor de los mártires pertenece a la mayoría de los apologistas cuyas doctrinas la Iglesia juzga heréticas; o, lo que es igual, que los mártires son de la sociedad laica de la libertad y no de la ortodoxia fija. («Estudios teosóficos», serie I, núm. 14.)

Una de las frases más celebradas y artísticas de nuestro pensador, queda sin ningún valor con lo dicho. «Grecos con gusto» dijo él—las historias cuyos testigos se dejan degollar. Si se refiere esto al cristianismo, es como se ve absurdo; si no se refiere a él, resulta una bonita frase por la cual los Gnosticos y otros ex-elos filosóficos, todos ellos herejes (esto es, desheredados del dogma oficial y ritualístico) le estarán agradecidos, como yo lo estoy a vosotros por el cuidado que os tomáis por mi salud mística, aunque por esta vez no habéis estado en lo firme en cuanto a la elección de los materiales oportunos para mi edificación religiosa. Vuestro, en verdad.

VIRIATO DIAZ PEREZ

Madrid, Abril de 1900.

## La culebra en el pecho

Ha abrigado la restauración en su seno el clericalismo como el labrador de la fabula abrigó a la culebra, y el clericalismo la ahogará como la culebra ahogó al labrador.

Discurriendo sobre este tema, dice Gil Blas de Santallana:

«La monarquía engendra el bicho clerical; luego debe mirarlo como hijo, como cosa propia, y si le cuesta la vida, debe morir contenta y satisfecha.

Los que no son monárquicos, los que ante todo aman a la patria, los que no huelen a incienso ni tienen afinidad ninguna con el bicho clerical, esos deben comprender que ha llegado la hora de dar la batalla, de combatir a sangre y fuego al enemigo de todo lo patriótico, de todo lo grande y de todo lo noble, al clero, a la gente de sotana, y en especial, a los jesuitas.

La monarquía tiene que caer o destruída por los republicanos, en cuyo caso al caer la monarquía quedará la patria, o destruída por los curas, que al acabar con la monarquía acabarán también con lo que resta de España.

Cuando destruída por los republicanos, si éstos se dedican a combatir al clericalismo. Cuando destruída por los curas, si éstos siguen libremente engordando y medrando.

Lo que hoy sucede en Barcelona es una lección elocuentísima para todos.

Ya lo vemos: el bicho clerical muere y envenena las entrañas de quien lo cria y lo engorda; atenta a la vida de la patria; carece de gratitud y nobleza.

A unirse, pues, todos contra él. A dejar preocupaciones y rutinas que nos están costando muy caras. A decir con franqueza que el clericalismo es el enemigo. A hacer guerra a muerte a ese animal venenoso. A declarar que odiamos con toda nuestra alma a cuantos visten una sotana de cualquier color que sea. A aplastar bien el bicho clerical.

La prensa, la palabra, el teatro, la influencia, la inteligencia, el saber, la energía, el valor; todo ha de servir a esta obra. ¡Ay de España si no pone muy pronto su planta sobre la cabeza venenosa del bicho clerical!

Opino también que la restauración se ha equivocado al halagar al clericalismo, para ver si así desarmaba a don Carlos. Ya habrá visto que no.

La culebra que abraza en su pecho no sabe agradecer; mientras más calor reciba de la monarquía, más fuerzas cobrará para ahogarla.

Y lo malo es que no ahogará a la monarquía únicamente, sino también a la patria. Por fortuna existe un contraveneno, el de la libertad, que a última hora curará su mordedura. ¡Pero a cuánta costa! A costa de la sangre de sus hijos.

Por esta razón deben éstos irse acostumbriendo a la idea de machacar la cabeza del reptil; nuestros antepasados lo dejaron únicamente alestado, y de aquí que haya podido reanimarse.

Escarmentemos en su ejemplo.

## Vigilantes y vigilados

Cuestiones relacionadas con el trabajo y su retribución soliviantan recientemente a los cargadores del puerto de Barcelona. Hago huelga durante pocos días, y, ya terminada, en previsión de que pudieran ocurrir disturbios, fuerzas de la Guardia civil acudieron al muelle.

No recuerdo si por necesidad o por capricho fui al muelle una tarde de esas en que la Guardia civil vigilaba a los trabajadores; lo que sí recuerdo bien es que el espectáculo que ofrecían vigilantes y vigilados me sugirió consideraciones que, a falta de otro asunto, me servirán hoy para llenar algunas cuartillas.

En el muelle se trabajaba de firme. Aquí funcionaban las enormes grúas levantando sin cesar fardos y fardos. A los ganchos de las unas sujetaban algunos obreros, desde el fondo de los barcos, sacos y cajones que recogían otros colocados en el muelle, y en otros puntos la labor de las grúas y de los obreros era inversa. Cruzaban por todas partes trabajadores conduciendo carretillas cargadas o transportando al hombro pesados bultos. Más allá descargaban carbón. De unos lanchones provistos del río mineral y puestos en comunicación con el muelle por medio de largas tablas, transportaban el carbón hombres, mujeres y niños, cubierta la cabeza con un saco puesto a modo de caperuza. Sacos y hombres eran de un mismo color: negro como la mercancía objeto de la faena. Subían y bajaban por las estrechas tablas, ya cargados, ya de vacío, como demonios equilibrados. Me parecía imposible que no cayeran al agua en aquellas rápidas excursiones de la lancha al muelle y del muelle a la lancha. No se veía en sus caras más blanco que el de los ojos, y el color de la carne sólo se descubría en el camino recorrido en frentes y mejillas por chorretones de sudor que arrastraban el negro polvillo, y sin dejar limpio su paso, a ahaban de aumentar el rarísimo aspecto de aquellas fisonomías. De las manos no habíamos. Parecían de ébano.

En las proximidades del muelle hacían entretanto caracollear sus hermosos caballos individuos de la benemérita. En el muelle mismo parejas de este cuerpo paseaban con su Mauser al brazo. Jinetes e infantes iban limpios y bien vestidos. El ambiente uniforme y el brillo de las armas los embellecía, tenían todos el continente grave, y miraban con arrogancia y hasta con desdén a los simples mortales. Se reflejaba en sus rostros la conciencia de su superioridad.

Y yo, mirando a uno y otro lado, consideraba que los obreros trabajaban mucho y tílamente; que los guardias civiles holgaban paseando y sin provecho notable.

Las mercancías que los obreros movían y trasladaban, el carbón que sacaban de las barcazas representaban la riqueza y la vida. Veía yo el cambio de productos promovido por aquellas cargas y descargas; me figuraba las poderosas máquinas de vapor moviendo, gracias a aquel carbón, telares, impulsando mecanismos diversos, arrastrando trenes, revolucionando las hélices de enormes trasatlánticos, y sentía en el fondo de mi alma agradecimiento inmenso hacia todos aquellos trabajadores sucios, sudorosos, fatigados. Los miraba con la simpatía con que se ve a protectores a quienes se debe positivos beneficios. Consumo, me caliento, viajo, gracias a todos esos hombres que sudan y se ennegrecen.

Lrs tricornios y los maitres de los otros producían en mi espíritu cierta impresión dolorosa. Aquellos se encucaban las manos con cosas que dan vida; éstos van limpios, pero cuanto llevan encima es signo de despotismo y de muerte. Ellos mismos, que son sino autómatas sin personalidad? Todos parecen iguales. Me recuerdan mis cajas de soldados de niño. Sin voluntad salían también aquellos de su encierro. Yo los mataba, yo los formaba, evolucionaban al impulso de mi capricho infantil. Yo era su general, su amo. Cuando me cansaba de ellos los metía en su caja cuartel; cuando algunos no se sostenían de pie por viejos o por estropeados, los abandonaba o los hacía pedazos, una equivalencia del fusilamiento con que a éstos otros de carne se les castiga si no sirven.

Aquellos, los obreros, se sostienen penosamente, ganan un jornal exiguo, y cuando se retiran muertos de cansancio hallan que falta en su hogar un poco de carbón de ese que a toneladas han descargado.

Estos otros, los guardias civiles, aun siendo soldados rasos, no han de preocuparse de la vida. El Estado vela por ellos, tienen regladas las horas de descanso, se los alimenta, se los viste.

Un socialismo que haría con algunas modificaciones la felicidad del género humano, es el régimen de esos soldados, ¡y pensar que odian al socialismo y tienen por una de sus misiones combatir con la espada y con la pólvora!

Gracias a aquellos miserables que trabajan,

viven estos otros que los vigilan y los combaten al primer toque del clarín de mando.

Estos obreros sostienen sobre sus robustos hombros las industrias todas, y por sí contribuyen poco a las cargas del Estado, aun el impuesto de consumos les merma el alimento de cada día.

A esos otros, a los soldados, el Estado les paga el impuesto; no han de preocuparse de nada.

Por eso precisamente el problema es más difícil para los obreros. Sin la carga inmensa que representan para las sociedades los gastos de guerra y otros de igual utilidad, la riqueza pública se distribuiría más equitativamente. Matan los unos a los otros sin necesidad de su Mauser; el Mauser no es muchas veces más que un modo de acortar la agonía.

Y, sin embargo, concluía diciéndome, los vigilantes son los que consumen, los vigilados los que producen.

Estos han de temer a aquellos, en vez de ser aquellos los que temen a éstos.

¿No es verdad que el contraste es desconcertador?

F. PI Y ARSUAGA

Cada vez que oigo lo que tan corrientemente es, adular al pueblo y elogiarle por virtudes que no tiene ni puede tener en el estado de ignorancia y miseria en que se halla, recuerdo esto que he leído no sé dónde ni de quién:

«¡Pueblo! desconfiar de los que muestran demasiada indulgencia con tus faltas, porque de seguro que se han todavía más indulgentes con las tuyas propias.»

## La lección del buitre

Encontrábase un viejo buitre en una desnuda prominencia con su cría al lado, a la que estaba instruyendo en las artes de la vida de los buitres y preparando con su discurso para el último adiós que iban a darse ante los montes y los cielos.

—Hijo mío—dijo el viejo buitre—apenas necesites mis instrucciones, porque has tenido mis hechos delante de tus ojos; me has visto arrebatador de las granjas las aves domésticas; me has visto apoderarme del lebratillo en los matorrales y del cabrito en las praderas; ya sabes cómo debes fijar las garras y sostener el vuelo cuando estés cargado con la presa. Ya recuerdas el gusto de nuestro alimento más delicioso. Con frecuencia te he regalado con carne humana.

—Decídme—interrumpió el joven buitre,—dónde puedo encontrar al hombre y cómo he de conocerlo; su carne es ciertamente el natural alimento del buitre. ¿Porque jamás habéis llevado un hombre entero en vuestras garras a nuestro nido?

—Es demasiado corpulento—dijo la madre,—cuando encontramos un hombre, solamente podemos arrancar sus carnes y dejar sus huesos sobre la tierra.

—Puesto que el hombre es tan grande—dijo el pequeño—¿cómo le matáis? Tendéis miedo al lobo y al oso, y, sin embargo, os atrevéis con el hombre. ¿Está acaso éste más indefenso que una oveja?

—Nosotros no tenemos la fuerza del hombre—contestó la madre—y algunas veces dudo que poseamos su sutileza... Los buitres difícilmente se regalarán con su carne, si la naturaleza que lo entrega a nosotros, no lo hubiera dotado de una extraña ferocidad, que jamás he observado en ningún ser de los que viven en la tierra. Manadas de hombres se encuentran y extremecen la tierra con espantoso ruido y llenan el espacio con las llamaradas del incendio. Cuando oigas estrépito y veas flamear el fuego a lo largo de la tierra, emprende tu más ligero vuelo hacia aquellos lugares, pues los hombres están seguramente destruyéndose unos a otros: entonces verás la tierra cubierta de sangre humeante y de cadáveres, muchos de los cuales estarán desmenuzados y magullados para mayor contentamiento de los buitres.

—Pero cuando los hombres han matado a su presa—dijo el discípulo—¿por qué no se la comen? Cuando el lobo ha matado una oveja, no consiente que el buitre la toque hasta que está satisfecho. ¿No es el hombre una especie de lobo?

—El hombre—dijo la madre—es el único animal que mata lo que no devora, y esta cualidad le convierte en un bienhechor especial de nuestra especie.

—Si el hombre sacrifica nuestra presa, y la deja en nuestro camino, ¿qué necesidad tenemos de trabajar por nosotros mismos?

—Porque el hombre—replicó el padre—permanece algunas veces tranquilo y se retira a su caverna. Los viejos buitres te dirán cuándo debes vigilar sus movimientos. Cuando veas reunirse a muchos hombres como una bandada de cigüeñas, debes inferir que están peleando y que bien pronto te las de regalo con sangre humana.

—Yo quisiera saber la causa de estas mutuas carnicerías. No me explico ese afán de matar lo que no les ha de servir de alimento.

—Hijo mío—dijo el padre—es esta una pregunta a la cual no puedo contestarte, aunque estoy reputado por el pájaro más sagaz de la montaña. Cuando era joven solía visitar frecuentemente el nido de un viejo buitre que vivía en las rocas de Carpetan; él había hecho muchas observaciones; conocía los lugares que suministraban alimento alrededor de su nido; dónde su vuelo más poderoso podía conducirle; se había alimentado año tras año de las entrañas de los hombres, y su opinión era, que los hombres tenían sólo la apariencia de seres vivientes, pero que en realidad eran vegetales con la facultad de moverse; y que así como las ramas de un roblo chocan entre sí agitadas por la tempestad a fin de que el cerdo engorde con las bellotas que de él caen, así los hombres son impulsados unos

contra otros por un poder inexplicable hasta que pierden su movimiento, para que los buitres puedan nutrirse. Otras cosas se han observado con respecto al plan y la política imperante entre estos dañosos seres, y aquellos que se han cernido más cerca de ellos, pretenden que hay en cada manada uno que dirige a los demás y parece deleitarse con sus grandes carnicerías; es a menudo el más fuerte o el más astuto, y demuestra por su vehemencia y diligencia, que es, más que ningún otro, amigo de los buitres.

SAMUEL JOHNSON

## Cosas Literarias y Artísticas

### LAS VELADAS DE LA DUQUESA

El santurrón toma a Dios por un ser de pocos alcances.

WERTHEIMER.

Lord Woxford era un hombre de una originalidad poco común. Vivía habitualmente en medio de sus tierras en el aislamiento más completo. Sus bienes de fortuna eran considerables. De su mujer había tenido cinco hijos, muriendo aquella poco después de dar a luz el último. Tan pronto como sus hijos alcanzaron la edad de hablar, mandó el mayor al Mediodía de Francia, prohibiendo terminantemente al servidor que le acompañaba le devolviera jamás a Inglaterra. Le proveyó con todo lo necesario para asegurarse una educación perfecta y cubrir todas sus necesidades.

—Esos ingleses son siempre originales y excéntricos—dijo el arzobispo—no hacen nada como los demás. En todo caso, el proceder de lord Woxford era el de un mal padre.

En cuanto a los demás, los separó y los desterró también, mandándolos, al uno a América, al otro a las Indias Orientales, al tercero a Australia y al cuarto al Sur de África.

—Así, observó sonriendo la duquesa de Chateaus, tenía un hijo en cada una de las cinco partes del mundo.

Precisamente. Sólo que para esos cuatro gastó muy poco dinero, ordenando a los intendentes que les acompañaban desear en un todo su instrucción, hacerlos trabajar duramente, dejarlos a veces padecer hambre, frío o calor, sin que fuesen empujados a la última extremidad. Hecho esto, el lord siguió haciendo su vida solitaria en su vasto y suntuoso castillo de Woxford, sin ocuparse en lo más mínimo de sus hijos, que jamás tuvieron noticias de él.

—En resúmenes cuentas, un profundo egoísta, exclamó la duquesa; me inspiran compasión esos pobres hijos.

Eso duró veinte años, hasta la muerte de lord Woxford. Al suceder dicho fallecimiento, el notario del difunto prócer avisó a los hijos, los cuales se apresuraron a atravesar los Océanos que los separaban del país natal y volvieron al castillo de sus antepasados. No se conocían unos a otros y tuvieron que presentarse mutuamente como extraños.

Cuando estuvieron todos reunidos, el notario, que los había convocado en el gran salón del castillo, les dijo lo siguiente:

—Ustedes, señores míos, han conocido muy poco a su excelente padre. Era el hombre más justo que naciera. Era grande, bueno, generoso, misericordioso; les tenía a ustedes un amor inmenso...

—Entonces, ¿por qué nos destruyó de su presencia?—exclamó el hijo mayor.

—Por qué nos hizo trabajar como negros y a veces nos dejó morir de hambre?—gritaron los otros.

—Lord Woxford—contestó el notario—tenía para ello muy serios motivos. Quiso castigar en ustedes una falta cometida por su madre de ustedes, lady Woxford...

—¿Una falta?...—exclamaron a una los jóvenes, palideciendo.

—Sí, una falta... pero no se desazonen ustedes. Quizás no fuese tan grave como parecen ustedes suponer... La pobre señora, al pasearse una mañana por las estufas del castillo, cogió una orquídea. Pero es el caso que esa orquídea, traída del centro del África, provenía de una planta a la que lord Woxford, gran coleccionador de esas flores, le había prohibido tocar.

—Podéis, milady—le había dicho el lord a su mujer,—coger cuantas flores os plazca en todos los cuadros de nuestros jardines, excepto de esas monocotiladéas, que las reservo para mí exclusivamente. Es una especie extraordinaria de la que sólo poseo todavía pocos ejemplares.

Lady Woxford, mujer de pocas experiencias, no se preocupó mucho de esta prohibición extraña, no le dio importancia, tal vez la olvidara. En fin, un día, en la primavera siguiente, al recorrer las estufas llenas de flores y embriagadoras aromas, cogió una de aquellas orquídeas, que se habían multiplicado sobremanera. Puede, después de todo, que aún no hubiese tocado la falda de la flor, si el jardinero no se la hubiera ofrecido, diciendo que estaba magníficamente matizada, digna de adornar su peinado o su cintura, lo que la hizo olvidar sus deberes de obediencia. Mas lord Woxford, al ver a su mujer adornada con la preciosa flor, entró en una cólera terrible. Repudió a su mujer y determinó desterrar de sus dominios a sus hijos, a ustedes.

—¿Yaya un bruto!—exclamó la duquesa.—¡Aquel hombre, pues, era un Barba-Azul!

—¡Claro que sí!—confirmó el obispo.—Para una falta tan ligera fué demasiada severidad.

Después de que el notario hubo explicado todo aquello con largos relatos complementarios, el hijo mayor de lord Woxford dijo:

—Y usted dice que nuestro padre era grande, bueno, justo, generoso y misericordioso?...

—Sin duda alguna—replicó el notario.—¿No era él el dueño? ¿No tenía el derecho de ser severo, si así le convenía? ¿No le debían ustedes infinita gratitud por haberles dado el ser, por haberles dejado vivir después de ser los hijos de aquella ingrata mujer que no obedeció sus órdenes?

Los cinco hermanos cambiaron una mirada de estupefacción.

—¿No hubiese V. I. estado estupefacto como ellos? ¿No hubiese V. I. opinado como ellos?

—Seguramente que sí, contestó el arzobispo. ¡Yaya un padre singular, y de un carácter muy poco evangélico, a pesar de que esos ingleses leen mucho la Biblia y pretenden seguir sus preceptos!

—Entonces, estamos conformes en que aquellos hijos no podían ser responsables de la falta de su madre, y opinamos como V. I. que era injusto castigarlos de aquella manera. Pero, ¿no sería quizás por haber leído mucho la Biblia por lo que lord Woxford procedió de la manera indicada?

El arzobispo comprendió, bajó la cabeza y no contestó una palabra.

CAMILO DE RENEFFE

## Los santos hogares

Ayer hubo fiesta en Benicasim.

Es el caso que el cura Petit venía desde antiguo aprovechando los servicios y cuidados de su madre política, sin que nadie supiera de ninguna desavenencia entre ambos. Hace cosa de quince días entraron al servicio del cura dos sobrinas, que además de jóvenes, son muy agradecidas, y seguramente desde la entrada de éstas no ha sido mucha la paz en aquella santa casa.

Ayer se promovió un gran escándalo, 6 por lo menos el de ayer se hizo público, pues las jóvenes sobrinas la emprendieron con la antigua ama que ha caído en desuso, propinándole una soberana paliza, que hubiera podido tener fatales consecuencias sin la casual presentación de un concejal, a cuya oportuna presencia debió la vieja ama y madre política del cura que la soltaran aquellas furias que se enseñaban de modo atroz.

Lo grave aquí del caso es que el cura miraba impasible, riéndose, cómo era vapuleada la mamá política, sin que nada hiciera para evitarlo.

La desgraciada mujer, así que se vió libre, agarrándose las ropas cuyas ligaduras destrozaron y en peligro de quedar en paños menores, convulsa y asustada, se dirigió al domicilio del juez municipal poniendo en conocimiento de la autoridad lo ocurrido.

Este hecho ha producido grandísimo escándalo en la inmediata población de Benicasim, oyéndose chispeantes comentarios contra el clero que da ejemplos que no pueden imitarse. Las madres de la vecindad tienen cortada para algunos días tela de cura, y bien puede decirse que ese escándalo ha producido en aquel sencillo y morigerado pueblo más daño a la religión que todas las predicaciones que hubieran podido hacer los más acérrimos enemigos de la Iglesia, que no tienen que esforzarse gran cosa para entibiar la fe cuando de tal modo colaboran a ese resultado los sacerdotes que debían defenderla.

(El Clamor de Castellón.)

## UN CURA MODELO

En la iglesia de San Lorenzo de Sevilla existe una partida de defunción verdaderamente curiosa que dice así:

«El director, don Francisco Blanco, cura párroco el más antiguo de la iglesia de San Lorenzo, de Sevilla, certifica:

Que en uno de los libros de entierros, que empezó el 1764, y en su hoja 20, hay una partida que es como sigue:

En 10 de Noviembre de 1788, los beneficiados de esta iglesia enterraron en ella y en la bóveda de los sacerdotes, el cuerpo del licenciado don Juan Manuel Bustamante Calderón, presbítero, capellán de esta santa iglesia, de edad 131 años. Hizo testamento ante José Ortiz, escribano público, y codicilo ante Miguel Portillo. Se le dijo misa de cuerpo presente y vigilia; por ser digno de reparo y perpetua memoria, se le puso la siguiente inscripción:

Fué casado cinco veces: primera con doña Lucía Aguilar; segunda con doña Ana Zamora; tercera con doña María Arana; cuarta con doña Violante Scio, y quinta con doña Beatriz Obregón, viuda.

De estos matrimonios tuvo la friolera de 151 hijos! (que se sepa), cifra que demuestra que el buen señor no se preocupaba más que de perpetuar su apellido. Se ordenó de sacerdote a los noventa y nueve años, compuso un libro de alabanzas a la Virgen a los cien años, escribió otro sobre varios asuntos a los ciento dieciséis, otro de filosofía a los ciento veinte, y a los ciento treinta y uno murió, porque era lo único que le quedaba que hacer ya en este misero mundo.

En paz descance el infatigable obrero: intelectual y corporal.

So! re todo corporal.

Ha sido desholinada de cálices, copones, diademas y ropas del culto, la iglesia de Castilleja de Guzmán.

¡Bah! Casas de ellos.

De los ladrones.

Ha ardidio la iglesia de Santa María de Nieva quemándose la milagrosa Virgen denominada la *Soterraña*, su camarín, y el hermoso retablo del altar mayor. Hace tres meses que el fuego destruyó también en gran parte el convento contiguo a la iglesia.

Los vecinos están consternados.

Y... yo llevo unos cuantos días, desde que leí la noticia, procurando también consolarlos, y con dolor y vergüenza lo confieso, no me ha sido posible. Por lo cual soy ya muy próximo a sospechar que...

O no tengo corazón

O será de bronce ó Peña.

qué remedio! No tengo yo la culpa.

Cada uno es como Dios lo ha hecho.

## Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores a El Motin

CRISTO EN EL VATICANO, por Victor Hugo.

LOS REYES CON MOTIV, por «El Motin». Con láminas.

LA INFAMIA DEL PAPA, O LA VERDAD EN EL VATICANO.

DISCURSO DEL OBISPO STROSSMAYER.

JOAQUÍN LA PAPA, por Julio Fernández Mateo.

LA MUJER Y LA IGLESIA, por id.

MONITA SECRETA, o instrucciones reservadas de los jesuitas.

LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por el jesuita.

¿CUAL ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discursillo pronunciado por un obrero en el círculo «La paz» de la isla.

CARTAS DE TATILLERAND al obispo de Clermont y al abate Maury.

CARTA DE TATILLERAND al Papa Pío VII.

POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por «El Motin».